

LA
EDAD
MEDIA

EXPLICADA
A LOS JÓVENES



JACQUES
LE GOFF



Sin duda la Edad Media fue violenta, oscura e intolerante, pero también, y sobre todo, una Edad Media «bella», que los niños y jóvenes adoran y que los adultos nos complacemos en recrear en mil y una lecturas. Es la de los caballeros y los torneos, los castillos y las catedrales, los juglares y los trovadores, las ferias y las peregrinaciones. La Edad Media es también la búsqueda del Grial, la leyenda de los caballeros de la Mesa Redonda, el amor apasionado de Tristán e Isolda, la Virgen María, los ángeles, los santos, las hadas y los monstruos, el combate de Carnaval y Cuaresma... Y, en definitiva, Europa nació en la Edad Media, época en la que se fraguó la unidad cultural de sus diversos países y lenguas.

Esta deliciosa obra es un paseo por ese tiempo hermoso de la mano del mejor acompañante: el maestro Jacques Le Goff.



Jacques Le Goff

La Edad Media explicada a los jóvenes

ePub r1.0

jpneira 22.05.16

Título original: *Le moyen âge expliqué aux enfants*

Jacques Le Goff, 2006

Traducción: Jordi Terré Alonso

Retoque de cubierta: jpneira

Editor digital: jpneira

ePub base r1.2



Para mis padres

Para Hanka

Para Barbara y Thomas

Para adentrarse en este libro cuando se es joven... y más tarde

Es importante conocer el pasado para comprender mejor el presente, para saber en qué lo prolongamos y qué es lo que nos distancia de él.

Los historiadores se dieron cuenta de que entendían mejor el pasado y lo explicaban mejor, en especial a los niños y a los jóvenes, si lo dividían en períodos sucesivos, cada cual con sus características propias. Por lo que se refiere al período llamado «Edad Medio», se plantea una doble pregunta: ¿cuánto duró? Y ¿qué significación tuvo?, ya que, de esta época, existe una interpretación favorable y otra desfavorable.

La Edad Media fue motivo de inspiración para los autores de novelas históricas, algunas de las cuales llegaron a tener una enorme popularidad, y a partir del nacimiento del cine también fue motivo de inspiración para los cineastas, los cuales rodaron películas que fascinaron a los espectadores, especialmente a los niños. Ésta es una razón añadida para intentar explicaros qué fue la Edad Media y qué representa para nosotros.

CAPÍTULO I

La Edad Media

¿Qué duración tuvo?

La Edad Media «bonita» y la «fea»

—Nos enseñaron en clase que el XVI es el siglo del Renacimiento; el siglo XVII, el del Clasicismo; y el XVIII, el de la Ilustración. Pero ¿cuándo empieza y cuándo termina la Edad Media?

—La Edad Media duró mucho tiempo: ¡al menos mil años! Es verdad que, cuando se habla de ella, se suele pensar en el período que va desde el año 1000 hasta el 1500. Sin embargo, comenzó al menos cinco siglos antes, hacia el año 500, por tanto a lo largo del siglo V d. C. En 476, el último emperador romano fue expulsado de Roma y reemplazado por un rey bárbaro, Odoacro. Esta fecha señaló el fin del Imperio romano, pero, además de este gran acontecimiento político, significó también el fin de la Antigüedad.

—De todos modos, no se produce un cambio de época cada vez que desaparece un rey o cada vez que se extingue un linaje (una dinastía) de reyes o emperadores.

—Exacto. En el siglo V d. C., se produjeron otros cambios muy importantes. En primer lugar, a partir del siglo IV comenzaron las «grandes invasiones» de los pueblos a los que los romanos llamaban «bárbaros». Llegaron primero del norte (pueblos germánicos y del norte de Europa) y del oeste (celtas), y más tarde del este (húngaros y pueblos eslavos). La palabra «invasión» hace que nos imaginemos hordas bárbaras que irrumpirían devastándolo todo a su paso. Pero, en realidad, se trataba más bien de gente que se desplazaba pacíficamente para asentarse más al sur. Tomemos como ejemplo a los vikingos: seguramente habréis visto imágenes que los muestran desembarcando en las costas normandas para saquear y provocar estragos

tierra adentro. De hecho, con toda probabilidad fueron mercaderes que venían de los países del norte para comerciar, y algunos acabaron por establecerse «entre nosotros».

—**¿También entonces se cambió de religión?**

—Sí, pero no fue por esta razón. El Imperio romano, ya desde los siglos IV y V, se había cristianizado, tras la conversión de los emperadores romanos, y había presenciado el final del paganismo (palabra empleada por los cristianos para designar la religión romana, con sus numerosos dioses y diosas). Así, desapareció el paganismo —con mayor o menor rapidez, pero sin duda nunca del todo— y fue dejando progresivamente su lugar al cristianismo. Los múltiples dioses paganos fueron sustituidos por un dios único, el de la Biblia (el Antiguo y el Nuevo Testamento), a pesar de que el Dios de los cristianos comprende tres personas (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo). Y los propios bárbaros se hicieron bautizar para volverse cristianos: la conversión más célebre, en Francia, fue la de un rey franco del que sin duda habréis oído hablar, Clodoveo (hacia el año 500 d. C.).

Según la leyenda, su conversión al cristianismo se debió a la insistencia de su mujer, Clotilde.

—**Porque... ¿es una leyenda?**

—Sí, dije expresamente: «Según la leyenda...». De este modo quería llamar vuestra atención sobre el hecho de que los historiadores, en lo que se refiere sobre todo al comienzo de la Edad Media, tienen a su disposición muy pocos documentos, y aquellos de los que disponen —por ejemplo, el relato de la conversión de Clodoveo— no cuentan necesariamente las cosas tal como sucedieron. Por tanto, es preciso juzgarlos con espíritu crítico y contrastarlos con otros documentos o «fuentes», como decimos los historiadores. Quienes escribieron estos relatos tenían en mente otras intenciones. Por ejemplo, en este caso, se trataba de mostrar que el país que más tarde sería Francia había sido bautizado, que era cristiano desde un principio. La realidad es mucho más compleja.

—**Nuestro profesor nos habló también de una «larga» Edad Media.**

—Tenía razón, aunque es muy discutible la fecha de su final. Os dije «hacia 1500» porque en vuestros libros de texto se presenta así: según ellos, hacia finales del siglo XV comenzó, primero en Italia y luego en el resto de Europa, un nuevo período, el del «Renacimiento»; o incluso, en los programas

escolares, como pronto veréis, equivale al comienzo de los llamados «*tiempos modernos*». Pero, para algunos historiadores, como es mi caso, la Edad Media duró en realidad hasta finales del siglo XVIII.

—**¿Por qué?**

—Porque, para abreviar, fue tan sólo en esta época cuando tres acontecimientos transformaron por completo la vida de la sociedad (precisemos: de la sociedad occidental, europea, y quizá ni eso, pues se trataba ante todo de los países más avanzados, como Inglaterra, Francia y el norte de Europa). En primer lugar, la ciencia experimentó extraordinarios progresos y empleó instrumentos y métodos de investigación cada vez más precisos. Luego —y es una consecuencia de los progresos realizados en las distintas ciencias—, hacia finales del siglo XVII se construyeron y utilizaron máquinas cada vez más eficaces y se inventaron técnicas de producción cada vez más rápidas. La primera máquina de vapor apareció en Inglaterra en 1698 (gracias al francés Denis Papin y al inglés Thomas Savery). Dicho de otro modo, fue el comienzo de lo que se llamaría «*la revolución industrial*». Por último, se produjeron entonces las revoluciones políticas, y en especial la Revolución francesa, que se percibió como un auténtico cambio en la historia de Francia, de Europa e incluso del mundo: puso fin al antiguo sistema político, al «*Antiguo Régimen*», y al sistema denominado «*feudal*», que se convirtió en el símbolo mismo de la «*fea*» Edad Media.

—**Pero, antes de nada, ¿de dónde viene la expresión «Edad Media»? ¿Por qué es «media»?**

—Esta idea apareció durante la Edad Media misma, sobre todo hacia su fin, en primer lugar entre la gente culta y los artistas que percibían los siglos que acababan de pasar —los que constituyen para nosotros el corazón de la Edad Media— como un intervalo o una transición, y también como un período oscuro, un tiempo de decadencia con respecto a la Antigüedad, de la que se hacían una imagen idealizada. Pretendían recuperar esa civilización antigua más refinada (según ellos). Sobre todo, fueron los poetas italianos, llamados «*humanistas*», quienes, hacia finales del siglo XV y a comienzos del XVI, experimentaron tal sentimiento. Consideraban que los seres humanos poseían más cualidades de las que les atribuía la fe cristiana medieval, que insistía en el peso de los pecados del hombre ante Dios.

Hay otra razón. Sobre todo en el siglo XVIII —el siglo de la Ilustración, como lo habéis recordado oportunamente hace un momento— se produjo una

corriente de desprecio hacia los hombres y la civilización de la Edad Media. La imagen dominante era la de un período oscurantista, en el que la fe en Dios aplastaba la razón de los hombres. En tiempo de los humanistas o en la época de la Ilustración, no se percibía la grandeza y la belleza de esos siglos.

Para resumir, «*media*» es la era que se extiende entre dos períodos que se consideran superiores: la Antigüedad y la Modernidad, que comenzó con el Renacimiento —una palabra también muy típica: la Antigüedad «*renace*» a partir de los siglos xv y xvi, ¡como si la Edad Media no fuera más que un paréntesis!

—Tenemos, pues, la imagen de una Edad Media «fea». Y, sin embargo, ¡esta imagen está lejos de haber ganado la partida!

—Sí. Fueron los llamados escritores «románticos», en el siglo xix, quienes recuperaron esta dimensión de la hermosa y gran Edad Media. ¿Por qué? Todavía no hemos mencionado la palabra «gótico», que ha quedado fijada a las catedrales medievales. Aunque el término «gótico», utilizado únicamente a partir del Renacimiento, quería decir «bárbaro». Para quienes insisten en la «fea» Edad Media, su arte les parece «bárbaro». Ahora bien, los románticos, al contrario, admiraban ese arte refinado, maravilloso, que es el estilo gótico, especialmente el de las catedrales. Probablemente conoceréis un ejemplo de esta admiración: en su novela *Notre-Dame de Paris*, Victor Hugo inmortalizó la catedral que lleva este nombre y que sigue recibiendo miles de visitantes en el centro de esa ciudad.

Pero hay que reconocerlo: actualmente las dos visiones —la de una Edad Media oscurantista y la de una Edad Media dorada— mantienen su vigencia. Con frecuencia escuchamos, incluso en boca de personas instruidas, la siguiente expresión: «¡Ya no estamos en la Edad Media!». Tildar algo o a alguien de «*medieval*», o propio de la Edad Media, no es ciertamente un piropo...

—Pero ¡no es del todo falso!

—Más bien diría que, si la Edad Media no es el período dorado que quisieron imaginar algunos románticos, tampoco es, a pesar de sus debilidades y los aspectos que suscitan nuestro rechazo, la época oscurantista y triste cuya imagen intentaron propagar los humanistas y los ilustrados. Es necesario considerarla en su conjunto. Con relación a la Antigüedad, es un período de progreso y de desarrollo en numerosos puntos, que pondré de manifiesto. Desde luego, existe una Edad Media «*fea*»: los señores oprimían a

los campesinos, la Iglesia era intolerante y sometía a los espíritus independientes (a los que se llamaba «herejes») a la Inquisición, que practicaba la tortura y hacía perecer a los rebeldes en las hogueras... Las hambrunas no escasearon y había muchos pobres; tenían miedo, pánico, por ejemplo al mar y los bosques... y al diablo. Pero actualmente nosotros también padecemos miedos, incluso en mayor cantidad, y algunos más terroríficos (por ejemplo, el miedo a los extraterrestres o el miedo muy real a la bomba atómica).

Sin embargo, también existe la «bonita» Edad Media, que sigue presente especialmente en el embeleso de los niños: ante los caballeros, los castillos, las catedrales, el arte románico y el arte gótico, el color (por ejemplo, de las vidrieras) y la fiesta. Se suele olvidar con excesiva frecuencia que en la Edad Media las mujeres, aunque siguieran desempeñando un papel inferior al de los hombres, adquirieron o conquistaron un rango más justo, más igualitario, más prestigioso en el seno de la sociedad: un rango que nunca antes habían tenido en tanto que mujeres, ni siquiera en la Atenas de la Antigüedad. Y además, aunque volveremos ciertamente a hablar de ello, ¡la Edad Media fue el momento del nacimiento de Europa!

—***Acaba de decir: «Europa»...***

—Sí, y es muy importante. Europa comienza y se constituye en la Edad Media. La civilización de la Antigüedad romana concernía únicamente a una parte de Europa: los territorios del sur, situados fundamentalmente alrededor del Mediterráneo. A partir del siglo V, los países del norte (Alemania y luego Escandinavia), del oeste (Bretaña, Inglaterra e Irlanda) y del este (Hungría, países centroeuropeos) fueron entrando poco a poco en un espacio político y religioso común, el que constituirá la futura Europa.

—***Entonces, ¿podemos decir que la gran unidad del Imperio romano concluyó hacia el año 500 d. C.?***

—Efectivamente. A partir de ese momento, los nuevos habitantes de la futura Europa se agruparon en colectividades y se establecieron en territorios de los que surgirían las naciones, encabezados la mayoría de las veces por un personaje nuevo, muy importante, del que volveremos a hablar: el rey.

—***¿Y fue también el final del latín, la lengua hablada en el Imperio romano?***

—Cuanto más al norte se establecieron los recién llegados, más

conservaron sus lenguas de origen, a pesar, por supuesto, de los préstamos de todo tipo que tomaron del latín. Este último se convirtió en la lengua de cultura, la lengua escrita, y seguirá siéndolo hasta el siglo xv. En los países del sur, el latín que se hablaba en tiempos del Imperio romano evolucionó mucho en función de cada país a lo largo de los siglos. Y dio nacimiento al grupo de las «*lenguas romances*»: el francés, el italiano, el español, el portugués y también —pues se suele olvidar— el rumano.

—En uno o dos años, tendremos que decidir si elegimos estudiar latín: ¿qué nos aconsejaría usted?

—Creo que es importante disponer de la llave de acceso a la herencia del pasado que nos proporciona el latín. Si pensáis orientaros hacia oficios «*literarios*», sería preferible que cursarais una opción donde se aprendiera suficiente latín. Si, en cambio, queréis dedicaros a una profesión científica, podéis optar por un plan donde no se enseñe tanto, aunque no deberíais abandonarlo del todo. En mi opinión, incluso un mínimo conocimiento de latín os servirá de ayuda para más adelante.

—El griego, la lengua hablada en la parte oriental del Imperio romano, ¿fue rechazado por completo en Occidente?

—Sí, la parte oriental griega del Imperio romano formó un mundo aparte: el Imperio bizantino. Siguió siendo un imperio porque había conservado un emperador al frente, que residía en Bizancio (o Constantinopla). Esta ciudad fue también la sede del patriarca de la Iglesia griega, llamada ortodoxa, que se consideraba superior al papa.

A partir del siglo vii, la cristiandad occidental se desmarcó rápidamente, en el aspecto político, del Imperio bizantino. Con mayor lentitud, el papa logró conquistar su independencia, que fue definitiva en el siglo xi.

Las relaciones entre el cristianismo occidental romano y el cristianismo oriental bizantino fueron distantes y, más tarde, francamente malas. En 1204, los cristianos romanos que se dirigían a la Cruzada contra los musulmanes en Oriente asaltaron y saquearon Constantinopla.

CAPÍTULO II

Los caballeros, la Dama y la Virgen María

Los caballeros

—*En la palabra «caballero» está presente «caballo». ¿Acaso existe una relación entre «caballero» y «caballo»?*

—Sí, desde luego. Nos hemos acostumbrado tanto a ver al caballero solamente con su armadura que a veces olvidamos al que le dio su nombre: el caballo. El caballero es el hombre que posee un caballo. Puntualicemos: un caballo de combate, y no el caballo de labor que tira de la carreta (era el buey el que, durante mucho tiempo y hasta una fecha reciente, realizaba esta función). Tampoco se trataba de un caballo de carreras, ni mucho menos del pura sangre árabe. No, era un caballo vigoroso llamado «*destrero*», un caballo de batalla.

—*Y ¿fue una innovación de la Edad Media?*

—Sí, este tipo de caballo llegó probablemente de Asia, en el siglo VII. En cualquier caso, no estuvo presente en la Antigüedad romana y no desempeñaba entonces ninguna función en la batalla. Su utilización en la época de la caballería, para el combate, fue novedosa.

—*«Caballero» también hace pensar en «caballeresco»...*

—Sí, y esta palabra remite ciertamente a una de las imágenes más seductoras de los hombres de la Edad Media. La encontramos en los relatos

que han llegado hasta nosotros. En ellos, el caballero es el héroe principal; de él se esperan actos de valentía que lo convierten en un personaje fuera de lo normal. Numerosos relatos de la Edad Media narran sus aventuras, sus hazañas, el prestigio que lo rodeaba y, también, sus virtudes «*caballerescas*»: su nobleza de ánimo y su valor.

—***Ha dicho que el caballero montaba un «caballo de combate». ¿Por qué es importante esta precisión?***

—Porque el combate a caballo en la guerra y en manifestaciones como los torneos generó invenciones, objetos y acciones que no se conocían anteriormente. La primera gran novedad fueron los estribos, que permitían sujetarse mejor al caballo durante el combate. Asimismo, apareció la silla de montar, que se iría perfeccionando cada vez más. Se protegió también al caballo con una armadura: iba acorazado y con la cabeza cubierta. Por su parte, el caballero también llevaba una armadura y estaba equipado con una espada, una lanza...

Pero todo esto —el caballo, la armadura, las armas...— era caro. Eso es lo que explica las diferencias externas entre los caballeros ricos, bien equipados y provistos de ayudantes, que «*provocaban admiración*», y los caballeros pobres, que llevaban equipamientos más modestos y carecían de séquito.

—***En los museos, podemos ver al caballero revestido con su armadura, sentado sobre un caballo enjaezado, también con su coraza, y resulta impresionante.***

—Sí, y añadiría que ya lo era en los tiempos de la caballería. Su aspecto exterior impresionaba a sus contemporáneos, porque ciertamente se salía de lo normal. Lo que causaba mayor efecto era su armadura. Con la cota de mallas en el pecho y el yelmo en la cara, el caballero daba la imagen de un hombre fuera de lo común. La mayoría de las veces se desplazaba en su caballo y hacía resonar con estruendo su armadura, cuyos chasquidos no pasaban desapercibidos. Al contrario que el sacerdote, que al margen de sus oficios era un hombre silencioso, el caballero era un hombre ruidoso, que se hacía notar públicamente.

—***¿Se sabe a qué se dedicaban los caballeros, en qué ocupaban su tiempo?***

—Su principal función era el combate. Sin embargo, contrariamente a lo que se suele pensar, no se trataba, por lo general, de un combate individual, en

solitario, sino de un combate colectivo, de un grupo contra otro.

—***¿Incluso en los torneos?***

—Incluso en los torneos. Añadiría que los combates estaban enmarcados temporal y espacialmente: por ejemplo, se desarrollaban principalmente en primavera. Y los juegos eran de dos tipos: la caza y el entretenimiento. Los caballeros eran grandes cazadores y la caza también se practicaba en grupo. Por otro lado, estaban los torneos, que sólo tenían un propósito: el prestigio, el honor. Y también eran colectivos, porque enfrentaban a dos partes, o dos campos.

—***Los torneos, ¿eran para divertirse o iban en serio? ¿Había muertos en los torneos?***

—¡Desde luego que iban en serio! Normalmente, sólo se producían heridos (porque la armadura protegía contra las espadas y las lanzas) y, al igual que en la guerra, su propósito no era tanto matar al adversario, sino hacer prisioneros, que se liberaban a cambio de un rescate. Era una especie de beneficio. Pero en ellos también se podía perder la vida, como le sucedió al rey de Francia Enrique II, que murió en un torneo en 1559. Además, es necesario tener en cuenta que la Iglesia católica manifestó durante mucho tiempo su rechazo a la guerra y la violencia armada, y que condenó los torneos (lo que demuestra que esos enfrentamientos no eran únicamente de broma), la Iglesia (cuando digo «Iglesia» me refiero aquí al papa y a los obispos) consiguió incluso prohibirlos a partir del siglo XII. Sin embargo, volvieron a ponerse de moda en los siglos XV y XVI. Hasta tal punto que, a mediados del siglo XV, el rey Renato, prestigioso conde de Anjou y de Provenza y futuro rey de Sicilia, escribió un libro sobre los torneos que alcanzó un gran éxito.

—***¿Por qué desaparecieron luego?***

—Sobre todo porque la invención y la generalización de las armas de fuego cambiaron la situación, no sólo en lo que respecta a los torneos, sino para cualquier tipo de combate, y también en la forma de hacer la guerra.

—***Actualmente, no es extraño que durante un viaje escolar se lleve a los alumnos a ver un emplazamiento o un espectáculo medieval en el que se organizan torneos. ¿Cómo se explica usted este éxito?***

—El torneo es una de las imágenes fuertes y, por decirlo así, eternas que nos quedan de la Edad Media. En la literatura moderna, fueron también los

escritores románticos, en el siglo XIX, quienes lo «resucitaron», del mismo modo que sucedió con las catedrales. ¿Habéis leído *Ivanhoe*, del escocés Walter Scott? Esta célebre novela, aparecida en 1819, incluye un magnífico relato de torneo. En el siglo XX, los torneos, debido ciertamente a su espectacularidad, fueron adoptados con frecuencia por el cine. Aunque, para mí, la película más hermosa y fiel dedicada a la Edad Media es la de Robert Bresson, *Lancelot del Lago*, en la que hay un torneo. A pesar de que es un poco difícil, recomiendo a todos los niños a partir de 10 años y a todos los jóvenes que la vean.

—***En las reconstrucciones de la Edad Media, también se nos ofrecen espectáculos de cetrería. ¿Es verdad que los caballeros practicaban también la caza con halcones?***

—Sí, ésta y otras formas de caza formaban parte de sus ocupaciones. Pero también ocupaban el tiempo en visitar sus tierras, hacer peregrinaciones, organizar fiestas, asistir a espectáculos de trovadores (en el sur de Francia) o de troberos (en el norte), y de juglares, escuchar música... Fundamentalmente, repartían su tiempo entre el combate y la paz, aunque sin duda se apasionaban más por el primero, probablemente porque pensaban que la vida en la tierra era una lucha para ganarse la vida eterna. Actualmente se piensa que una de las razones por las que la Iglesia organizó las Cruzadas a Tierra Santa fue para dar una ocupación a los caballeros.

—***Hay caballeros muy conocidos, como Ricardo Corazón de León o los que usted ya ha mencionado: Ivanhoe, Lancelot, Perceval...***

—¡Un momento! Detengámonos aquí. En efecto, entre los caballeros prestigiosos cuyas aventuras y grandes hazañas se han narrado hay personajes históricos, hombres que existieron de verdad, como Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, muerto en 1199. Pero ¡también hay personajes novelescos, únicamente de ficción! Tal es el caso de los célebres «*caballeros de la Mesa Redonda*».

—***¡Es increíble! ¡Normalmente creemos que existieron de verdad!***

—Sí, es la fuerza de esta leyenda, relatada en una serie de novelas que se publicaron en verso durante la segunda mitad del siglo XII y en prosa en la primera mitad del siglo XIII (por tanto, entre 1150 y 1250). Se desarrollan en torno a un rey del siglo V del que no sabemos prácticamente nada y que, sin embargo, se convirtió en el héroe más espectacular de la Edad Media: el rey Arturo, soberano de los bretones de Gran Bretaña. A su alrededor, la

imaginación de los narradores tejió una historia que alcanzó un éxito extraordinario: la de los doce caballeros de la Mesa Redonda. Es una historia que sedujo prodigiosamente a los hombres y las mujeres de la Edad Media, entre otras razones porque está basada en una estricta igualdad entre los caballeros. Un hallazgo muy sencillo pone de manifiesto esta igualdad: se sientan alrededor de una «*mesa redonda*», unos al lado de los otros, sin que exista entre ellos la menor jerarquía. En cambio, estos caballeros rivalizan entre sí para llevar a cabo alguna proeza o incluso la hazaña más prestigiosa para un caballero medieval, que es el cumplimiento de la promesa ligada a su compromiso ante Dios.

—*Esta promesa, ¿era el Santo Grial?*

—Sí. En efecto, esta sociedad caballeresca era también profundamente cristiana. La literatura artúrica inventó una bella historia, que se proponía honrar a Dios y a Cristo, su hijo. Quizás os resulte un poco difícil de entender: en la leyenda de la Mesa Redonda, los caballeros cumplen un servicio «*místico*», es decir, están al servicio de Dios para realizar una misión divina, misteriosa. Se han comprometido en una aventura que no se limita a este mundo, que procede de otro mundo, el mundo celeste o divino. Fue Dios quien los envió y les prometió una recompensa. Por esta razón, su historia se volvió «*mítica*», es decir, algo increíble pero que se desea en lo más profundo de uno mismo. Actualmente, a mucha gente le gustaría ser caballero de la Mesa Redonda y tener como misión la recuperación de ese misterioso objeto llamado el Santo Grial.

—*Pero ¿qué es el Santo Grial?*

—Es una copa mágica, una especie de cáliz en el que la hostia de la comunión se transforma realmente en el cuerpo de Dios. Fue así como, en la Edad Media, y no sólo en ella, la leyenda del rey Arturo hechizó la imaginación de los hombres, e igualmente, si no más, la de las mujeres. Y debo recordaros que las ocupaciones y las proezas de los caballeros de la Mesa Redonda eran únicamente obra de hombres: los héroes eran todos varones, porque la sociedad de los caballeros era ante todo una sociedad masculina, dominada por los hombres.

La Dama y la Virgen María

—*Sin embargo, ¿se habla del papel de la «Dama»!*

—En efecto, la Dama, las Damas, eran personajes de novela, heroínas inventadas. A riesgo de desilusionar a las niñas, hay que decir las cosas tal como son: en la vida real, había pocas «*Damas*» como ésas de las que nos hablan las novelas que cuentan la leyenda del rey Arturo... Pero es cierto: los autores medievales inventaron y elevaron a la excelsitud a mujeres que descollaban por su belleza y su virtud, mujeres ideales, y sus lectores creyeron a veces —¡muy pocas veces!— que tras esos relatos se encontraban mujeres reales que eran la encarnación de las verdaderas Damas. En las historias que contaban, cada caballero tenía su Dama, aunque... en pocas ocasiones era su esposa.

—*Las mujeres, en la vida real de la Edad Media, ¿eran entonces inferiores a los hombres?*

—Sí, lamentablemente, como en todas las sociedades antiguas. Pero quisiera insistir en un punto: en la misma época en que se difundió la leyenda de los caballeros de la Mesa Redonda, nació y se generalizó el matrimonio en el sentido moderno del término. En efecto, la Iglesia prohibió cada vez con más firmeza la poligamia (el hecho de tener varias esposas) y el divorcio. Y concedió a las mujeres un lugar casi tan importante como el de los hombres. En concreto, el consentimiento de la mujer (el hecho de que pronuncie por sí misma un «sí» durante su boda) se volvió obligatorio, mientras que antes su familia o sus padres le imponían un marido y ella no tenía nada que decir. Luego, por supuesto, las muchachas pudieron verse sometidas a todo tipo de presiones para que hicieran una «buena» elección, es decir, que se decidieran por aquel a quien habían elegido los padres. Pero el principio es importante. Y gracias a él, en adelante, la mayoría de las mujeres pudo contraer matrimonios libres... Sin duda, esto os parecerá chocante en la actualidad, cuando tenemos la libertad de casarnos, no casarnos o divorciarnos. Sin embargo, incluso en nuestros días, son numerosas las civilizaciones en las que no existe el derecho de las mujeres a elegir como marido al hombre que aman.

—*Entonces, ¿la «Dama» de las leyendas caballerescas tuvo, a pesar de todo, una influencia en la vida cotidiana!*

—Desde luego. Pero el papel más importante lo desempeñó otra Dama, cuyo nombre oyeron pronunciar sin duda todos los niños de Europa, aun

cuando no fueran cristianos: me refiero a María, la Virgen María, madre de Jesús. Del siglo XI al XIII, la devoción hacia María, o más bien «*Nuestra Señora*», «*Nuestra Dama*», cobró una importancia inmensa en la piedad de la gente de la Edad Media.

—***¿Qué es la devoción?***

—La devoción a María son las oraciones y los ruegos que se le dirigían, las imágenes y las esculturas que se hicieron de ella, los libros que sobre ella se escribieron, los lugares de peregrinación donde se la veneraba, las iglesias y las catedrales que se le consagraron (y siguen estándolo todavía hoy) y que llevan su nombre. «*Nuestra Señora*» era la gran intermediaria entre los fieles y Dios. En efecto, para obtener un favor —por ejemplo, una curación— de Jesús, el hijo de Dios, la gente de la Edad Media se dirigía a la Virgen, a quien le pedían que «*intercediera*» por ellos ante él. Y, en consecuencia, María se volvió de alguna manera «*la*» Dama de la sociedad medieval.

—***Y la Virgen María, ¿fue también importante para los caballeros?***

—Evidentemente. También ellos la invocaban y le suplicaban para que les ayudara y les socorriera en las dificultades... Ella desempeñó un papel muy importante en su compromiso. Más allá de esta importancia de María, hay que retener lo siguiente: a lo largo de la Edad Media, la caballería se volvió cada vez con más claridad algo sagrado, religioso. Uno se volvía caballero a través de una especie de «*sacramento*», es decir, a través de una ceremonia religiosa, de signos religiosos. Para convertirse en caballero, había que pasar por la Iglesia y sus representantes, obispos, sacerdotes y monjes, de quienes hablaremos más adelante (véanse las págs. 54-58). El caballero se comprometía ante Dios, su hijo Jesús, la Virgen María y los santos durante una ceremonia especial llamada la «*armadura*».

—***No obstante, ¿tampoco escaseaban los caballeros «malos»!***

—Y ¡hasta qué punto! A pesar de que la Edad Media nos haya transmitido muchas imágenes de «*buenos*» caballeros... El prestigio excepcional de estos últimos procede de dos cualidades: un comportamiento físico que suscita la admiración de la gente y la práctica de diversas virtudes, tales como la defensa de los pobres, los débiles y los clérigos (los clérigos eran los hombres instruidos de la Edad Media, sobre todo sacerdotes y monjes, sin olvidar a las mujeres, que también se consagraban a Dios, y vivían sobre todo en los monasterios).

Aunque, por supuesto, también había «malos» caballeros. En las novelas de las que hemos hablado, pero también en los «cantares de gesta» (esos grandes relatos poéticos que narran las hazañas de los caballeros, el más célebre de los cuales es La canción de Roldán), vemos aparecer traidores y embusteros, caballeros que hostigan a la gente y la matan por placer.

—***Usted ha hablado de «buenos» caballeros: Perceval, Ivanhoe y Lancelot. ¿Se ha conservado el nombre de algún caballero «malvado»?***

—En *La canción de Roldán* está el célebre traidor Ganelón. Aunque, más que traidores, algunos eran una especie de monstruos, como el gigante Morholt en la novela de Tristán e Iseo. Aun cuando la imagen de los caballeros era la mayoría de las veces positiva y simpática, no podemos olvidar a estos caballeros «malvados», detestados y condenados por los autores que hablan de ellos y por quienes leían sus fechorías.

La Edad Media se complacía en describir un mundo en el que se enfrentaban los buenos y los malos, en el que se desarrollaba un combate entre los ángeles y los demonios. Por eso, podéis encontrar muchos caballeros angélicos y otros que son diabólicos, tan malvados como el diablo. Las novelas de caballería se sirven mucho de esta tensión entre el Bien y el Mal, el honor y la deshonra: la intriga (es decir, la historia que se cuenta) se desarrolla gracias a esta oposición entre los buenos y los malvados.

CAPÍTULO III

Castillos y catedrales

—Decir «Edad Media» es pensar en «caballeros», pero también en «castillos» y en «catedrales».

—Y está completamente justificado. Sin embargo, debo precisar que el castillo y la catedral eran residencias más bien excepcionales. Normalmente, en la Edad Media, los habitáculos eran modestos o mediocres, y especialmente las casas de los campesinos, que eran pobres y a veces miserables. Incluso en las ciudades hubo que esperar mucho tiempo para que se empleara la piedra en las construcciones, que habían sido hasta entonces de madera, lo que explica la frecuencia de los incendios en la Edad Media. No sólo ardieron casas, ¡sino también iglesias, pueblos y ciudades enteras!

Pero dos tipos de edificaciones acabaron por imponerse en nuestra imaginación, y forman parte de los grandes símbolos de la Edad Media: el castillo fortificado y la catedral, la vivienda de los caballeros y la de Dios o, más exactamente, de los representantes de Dios, es decir, de los obispos. Por una parte, el castillo fortificado proclama el poder y el prestigio de los caballeros y, por otra, la catedral prolonga el prestigio de Dios a través del obispo, que es su representante principal. El obispo era el jefe de un territorio religioso llamado «*diócesis*», que tenía más o menos la superficie de una provincia actual. Su iglesia, en la ciudad donde vivía, la «*casa de Dios*» a la que iba a rezar, predicar y celebrar los oficios, se llamaba «*catedral*».

—***¿Por qué asociamos el castillo y la catedral?***

—Porque estos dos tipos de vivienda ponen en evidencia, tanto para la gente cultivada como para el pueblo, la dimensión o el sentido de la altura. En la Edad Media, la oposición entre lo alto y lo bajo «*se proyecta en el espacio*»: se construyen torres y murallas muy elevadas, muy visibles, para manifestar que se quiere escapar de lo «*bajo*». Dicho con otras palabras, lo

alto y la altura designan lo que es grande y hermoso. Esta oposición entre lo alto y lo bajo que se expresa en la construcción de los castillos y las catedrales —quiero decir que se hace ver a través de ellos, que se pone ante la vista— es muy importante en la Edad Media. Evidentemente, esa oposición es el correlato de la que existe entre el cielo y la tierra, entre el «*allá arriba*» y el «*aquí abajo*». De ahí se deriva la importancia que se le concedió a elementos como la muralla y la torre. Las iglesias medievales tenían frecuentemente torres destacadas. Las casas de los ricos habitantes de las ciudades también las tenían, pero lamentablemente fueron destruidas después de la Edad Media.

Sin duda, vosotros sabéis que las mezquitas musulmanas tienen también una torre, llamada «*minarete*», normalmente muy esbelta, que se eleva hacia el cielo. Eso quiere decir que la competencia entre las dos religiones también se reflejaba en la arquitectura de su «*casa de Dios*». Os recuerdo que el islam, o la religión musulmana, fue fundado a comienzos del siglo VII (en 622) por el profeta Mahoma (actualmente se prefiere a menudo decir Muhammad) y es, por tanto, casi contemporáneo de la Edad Media. Pero ya volveremos a hablar de él más adelante.

Los castillos

—*Los castillos de arena que hacemos en la playa son normalmente fortalezas, con sus torres y sus murallas almenadas, sus fosos, sus caminos en forma de espiral que ascienden o descienden, sus estrechas y oscuras escaleras, sus recovecos...*

—Es verdad. Tanto para los pequeños como para los mayores el castillo fortificado forma parte también de la «*bonita*» Edad Media.

—*Pero ¿para qué servía exactamente el castillo fortificado?*

—Para el caballero tenía dos funciones de similar importancia. Por una parte, desempeñaba un papel defensivo, es decir, una función militar (era una fortaleza) y, por otra, servía de vivienda (era un castillo). La magnitud de los castillos fortificados dependía de la cantidad de gente que viviera en ellos. De

hecho, alojaban y protegían a la vez a la numerosa familia del señor, a sus sirvientes (y sus familias) e incluso a sus campesinos más próximos. Algunos castillos fortificados fueron los predecesores de la ciudad, que también incluía a todo tipo de individuos, de todas las edades y todos los oficios.

—***Sin embargo, tenemos la impresión de que la mayoría de los castillos fortificados, tanto en buen estado como en ruinas, se encuentran en el campo.***

—Es cierto. Los caballeros se mantuvieron con frecuencia alejados de la población de las ciudades, especialmente de los «*burgueses*». Preferían la proximidad de los cotos de caza y los terrenos cultivados por los campesinos. Pero también había castillos en las ciudades, por ejemplo en París, en la Île de la Cité. El Palais-Royal, antiguo castillo medieval, o el Louvre también estaban situados en pleno centro. En Italia, la mayoría de los castillos fortificados se encontraban en la ciudad.

—***¿Había castillos fortificados en toda Europa?***

—Evidentemente. Entre otras razones porque Europa padeció durante toda la Edad Media numerosísimas y muy despiadadas luchas y guerras, y el modo de vida en toda Europa era más o menos el mismo. Si queréis ver castillos fortificados muy hermosos, podéis ir a España, por ejemplo, porque es una gran tierra de castillos (de ahí la expresión francesa que vosotros conocéis: «*Construir castillos en España*», o en el aire). O incluso en el este de Europa, por ejemplo en Polonia: la orden militar teutónica (u orden de los Caballeros teutónicos) construyó allí castillos espectaculares (especialmente en Malbork).

—***Los castillos, a lo largo de toda la Edad Media, ¿siguieron siendo parecidos?***

—Desde luego que no. Incluso evolucionaron mucho. El cambio se produjo en dos aspectos. En torno al siglo XI, la piedra sustituyó a la madera, y eso hizo que se transformara la función del castillo. Entre los siglos X y XVII, se trataba ante todo de construir un lugar de refugio para el señor y sus familias, aunque también sirviera para almacenar sus armas y sus provisiones, de ahí la aparición de la torre del homenaje. Luego, con la fortaleza de piedra, la vivienda y las provisiones se protegieron con gruesas murallas, fosos, puentes levadizos, barbacanas y troneras por donde poder arrojar materiales destructivos sobre los asaltantes. El castillo fortificado se convirtió en una verdadera fortaleza, muy difícil de conquistar.

—***Por cierto, ¿cómo se conseguía conquistar un castillo fortificado?***

—Sobre todo ¡mediante la traición! Bastaba con que un habitante o una parte de sus habitantes prestara ayuda a los sitiadores para que éstos consiguieran entrar, de una forma u otra.

—***A veces, en las películas y los cómics, podemos ver el asedio a una fortaleza: los asaltantes intentan subir por escaleras apoyadas contra la muralla mientras los sitiados tratan de derribarlos cuando llegan arriba o incluso vierten sobre los asaltantes calderos de aceite hirviendo. ¿Se aproxima esto a la realidad?***

—Sí, pero hay que insistir en el hecho de que los asedios podían durar mucho tiempo y que el número de castillos que resistieron victoriosamente superó con creces al de los que fueron tomados. Las fortalezas estaban construidas de tal modo y en tales lugares que prácticamente disuadían a los enemigos de ir a asaltarlas (lo podéis comprobar en las ruinas de Château Gaillard, en el Eure, y de Coucy, en el Aisne).

—***Pero, entonces, ¿qué fue lo que hizo que un buen día dejaran de construirse castillos y por qué de muchos de ellos no podemos ver más que ruinas?***

—En primer lugar, a causa del cañón. A partir de finales del siglo XIV y comienzos del XV el cañón, que supuso una gran innovación técnica, consiguió destruir incluso las más gruesas murallas. Luego, porque los castillos se convirtieron cada vez más en lugares de residencia —en el Renacimiento ya no servirían más que para eso—, lo que cambió por completo su arquitectura y su construcción. Y en fin, porque, después de la Edad Media, el rey de Francia, para afianzar su dominio sobre los señores feudales, mandaba destruir sus fortificaciones si eran demasiado poderosos.

—***¿Eran cómodos los castillos?***

—No. Sólo se volvieron más cómodos en el período que siguió a la aparición del cañón, cuando se utilizaron sobre todo como lugar de residencia. Hasta entonces la vida en ellos había sido más bien dura. El señor y sus allegados se reservaban el uso de los cojines y los muebles escaseaban: se utilizaban sobre todo arcones para ordenar la ropa, las mesas no se podían desplazar y las sillas eran rudimentarias. Sin embargo, las paredes de los más ricos estaban engalanadas con tapices. El elemento de prestigio era la chimenea, tanto porque podía haber sido realizada por un artista y, por tanto,

representar una «obra de arte», como porque proporcionaba eso tan buscado en los gélidos castillos: el calor. La chimenea y la sala que la resguardaba eran el símbolo del hogar, ese lugar de encuentro, de intercambio de palabras y de juego. Puesto que la alimentación tenía una gran importancia, la cocina era normalmente una sala espectacular (podéis ver las cocinas del Louvre, bajo la Conserjería). En la Edad Media, la gente se esforzaba por vivir con pulcritud y, por consiguiente, las fortalezas estaban equipadas con verdaderas letrinas (o «servicios»).

Las catedrales

—*Dijo usted que lo que asemejaba el castillo a la catedral era el interés por la altura.*

—Sí, las catedrales son inmensas, pero ante todo son altas para impresionar al que las ve y las visita y hacerle sentir una cosa muy importante: la elevación del espacio es un reflejo de la altura de Dios en el cielo. Las catedrales le estaban consagradas, eran su casa. Y su prestigio se extendió al de su representante en la tierra: el obispo. Probablemente influyó otro aspecto, más prosaico: las catedrales estaban casi siempre situadas en las ciudades, que rivalizaban entre sí en tener la catedral mayor, la más alta y la más bella.

—*¿Para qué servían las catedrales?*

—Eran ante todo, como suele decirse, un «lugar de culto»: en ellas se reunía la gente para rezar, celebrar la misa y participar en los oficios y las ceremonias religiosas. En la catedral, que era la casa del obispo, representante de Dios, había permanentemente dignatarios religiosos que se llamaban «canónigos» y constituían el consejo del obispo. Tanto por la mañana, por la tarde como por la noche, cantaban el «oficio», o sea, sencillamente glorificaban a Dios, el auténtico propietario del lugar. Realizaban este «oficio» (palabra que viene del latín y significa «ocupación», «trabajo») en el coro de la catedral. Cuando visitéis una catedral, podréis observar en la

mayoría de los casos la magnificencia del coro y veréis la «*sillería*» (asientos de madera con respaldos a veces magníficamente esculpidos) donde se sentaban para cantar.

—***Pero ¿cómo podían oírse, en estas catedrales inmensas, las palabras del sacerdote o el canto de los canónigos?***

—Fue sobre todo en el siglo XIII, o sea, a partir de 1200, cuando la catedral se convirtió en un lugar donde se pronunciaban sermones: un predicador se dirigía a los fieles, les explicaba la vida y la doctrina de Cristo, les hablaba de la Virgen y los profetas del Antiguo Testamento y les comentaba los Evangelios, el libro sagrado de los cristianos cuyo personaje central es Cristo. También hablaba de los santos, alentaba a la asamblea, le hacía reproches, la exhortaba... Sin duda, los fieles, de pie, le oían bastante mal, pero él se expresaba tanto mediante el gesto como mediante la voz. La Edad Media fue una gran época de palabras y de expresión corporal.

—***Aparte de las actividades religiosas, ¿había otros motivos para que la gente se reuniera en la catedral?***

—Sí, también sirvió como lugar de reunión. En ella se celebraban asambleas, se utilizaba para las fiestas... Pero tengo que recordar que, en la Edad Media, ya existían salas de reunión comunales: ¡para reunirse no era necesario acudir a las catedrales!

—***¿Cómo se construían las catedrales?***

—Casi todas las catedrales que se han conservado son de piedra. Pero al comienzo, en las regiones pobres, con muchos bosques, las iglesias se hacían de madera. Perduran algunas magníficas en Escandinavia o en el sur de Polonia.

Las catedrales fueron, en la Edad Media, los monumentos más decorados. En especial había un aspecto que desapareció o que ya no vemos cuando observamos las catedrales en la actualidad: estaban pintadas y, por tanto, rebosaban de color. De la decoración también formaban parte tapicerías, frescos (pinturas realizadas directamente sobre las paredes de yeso) y esculturas. Los lugares más adornados con esculturas eran, en el interior, los capiteles de las columnas (su parte superior) y, en el exterior, el pórtico, la entrada principal. La forma, o el estilo, de estas esculturas evolucionó mucho. Una palabra más sobre el interior de las catedrales: al fondo, por tanto cerca de la entrada, se encuentra a menudo un «*baptisterio*», es decir, una cubeta de

pedra situada en un pequeño espacio separado, que se llenaba con agua bendita en el momento del bautismo. Este baptisterio acostumbraba a estar decorado. ¿Por qué? Porque el bautismo es el «*sacramento*», la marca más importante de la religión cristiana. Se es judío o musulmán de nacimiento, pero uno no «*nace*» cristiano: se «*hace*» cristiano por medio del agua del bautismo derramada sobre la cabeza del neófito, ya sea bebé o adulto.

—***Usted dijo que la escultura de las catedrales había evolucionado mucho...***

—Sí, por supuesto, pero también el conjunto del edificio, y ello a causa del descubrimiento de nuevas técnicas de construcción. Sobre todo se distingue entre dos épocas. A partir del siglo X (por tanto, aproximadamente desde el año 900), las catedrales fueron cada vez con mayor frecuencia «*abovedadas*», es decir, ya no había techo plano, sino una bóveda en la que se unían los muros, en cierto modo. Pero, hasta el siglo XII, estas iglesias siguieron siendo relativamente oscuras y no se tuvo la necesidad de iluminarlas: es lo que se llama el arte o el estilo «*románico*». Luego, se buscó la luz, e incluso se acabó por identificar a Dios ante todo con la luz. Los progresos técnicos, la búsqueda de espacios abiertos y el uso cada vez más sofisticado del hierro y los diversos metales dieron nacimiento, entre los siglos XI y XIII, a las grandes catedrales, que se califican como «*góticas*». Creo haber dicho ya que *gótico* quiere decir «*bárbaro*»: los godos eran el prototipo mismo de los bárbaros germánicos que habían invadido el Imperio romano a partir del siglo V y por eso, en el Renacimiento y sobre todo en el siglo XVII, se llamó «*gótico*» a este arte bárbaro, y, como ya dijimos, los románticos, a comienzos del siglo XIX, volvieron a poner el gótico de moda.

—***A veces se oye decir que habría «secretos» en las catedrales o en la construcción de las catedrales...***

—No. Las catedrales son magníficas y presentan una construcción muy compleja, incluso complicada, de ahí la idea de que podrían encerrar secretos. Pero esta idea nació mucho más tarde, en el siglo XVIII, en corporaciones (o asociaciones) más o menos secretas, como los «*francmasones*» (o albañiles libres), que hacían remontar sus propios orígenes a los constructores de catedrales. En cambio, es cierto que algunas catedrales encerraban un dibujo que representaba un trayecto secreto, en el sentido de un «*laberinto*», y que desorientaba inicialmente al visitante (por ejemplo, en Chartres).

—***¿Eran caras las catedrales?***

—Sí. Hubo quien pensó que quizás hubieran sido construidas por los obreros que los señores «*prestaban gratuitamente*» a las obras. Pero no fue así como sucedieron las cosas. Los trabajos en las catedrales se pagaban, a arquitectos, albañiles y artesanos de todo tipo. Estas obras duraban mucho tiempo y, luego, el equipo se trasladaba a otro lugar.

—***Y ¿quién les pagaba?***

—Sobre todo el clero, a veces también los burgueses y la gente rica de la ciudad, y más ocasionalmente los reyes y los señores. Pero una catedral costaba mucho y su construcción podía dilatarse durante mucho tiempo, tanto más si los trabajos se interrumpían precisamente por falta de dinero. Bastaba con que la situación económica fuese mala, que estallara una guerra, que se propagara una epidemia para que, a falta de dinero con que pagar a los obreros, se paralizara la construcción. Por eso muchas catedrales quedaron inacabadas, como la de Narbona, por ejemplo, o incluso la de Colonia, en Alemania (que no se terminó hasta el siglo XIX). Pero el ejemplo más célebre fue el de Siena, en la Toscana (Italia).

—***No hemos hablado de las vidrieras. Cuando visitamos una catedral, por ejemplo la de Chartres, se nos dice que la gente sencilla de la Edad Media aprendía la Biblia y los Evangelios gracias a las escenas representadas en las vidrieras.***

—Las vidrieras adornaban sobre todo las catedrales góticas. Fue entonces cuando se aprendió a utilizar, para fabricarlas, trozos de vidrio coloreados, ensamblados con hierro. Actualmente, son especialmente las vidrieras las que nos dan una idea de esos edificios coloreados que fueron las catedrales y algunas iglesias. Para admirar esos colores, podéis visitar, por ejemplo, si no lo habéis hecho ya, la Sainte-Chapelle en París, construida por san Luis a mediados del siglo XIII.

CAPÍTULO IV

La gente de la Edad Media

Clérigos y laicos, señores y siervos, burgueses, comerciantes y artesanos, viajeros y peregrinos, pobres y enfermos

—Hasta ahora hemos hablado sobre todo de la Edad Media «bonita», pero hay también cosas menos bellas. Por ejemplo, cuando se dice «sociedad feudal» siempre se hace para condenar a la Edad Media...

—De acuerdo, pero, como todas las sociedades, la de la Edad Media es compleja. ¿Por qué se la califica de «*feudal*»? Sobre todo porque estaba dominada por los «señores», que tenían súbditos llamados «*vasallos*», a los que concedían («*prestaban*», si lo preferís) tierras que les aportaban rentas y que se llamaban «*feudos*», de donde viene «*feudalismo*». Esta palabra designa un sistema social que los filósofos del siglo XVIII y los hombres de la Revolución detestaban y denunciaban porque, en él, el pueblo, los campesinos y la «*gente humilde*» eran oprimidos por los poderosos y los ricos. Y esta imagen ha permanecido unida a la Edad Media.

Los clérigos «seculares» y «regulares»

—¿Se puede decir que era una sociedad en la que por definición reinaban las desigualdades, en la que los señores oprimían a los siervos?

—Hablaremos de eso. Pero antes es necesario tener en cuenta una división diferente, todavía más importante para las gentes de aquella época. En la Edad Media, se daba en primer lugar una gran separación entre dos tipos de hombres: por un lado, los que habían consagrado su vida a Dios y a la religión, y que eran los «clérigos», y, por otro, los hombres que, sin dejar de ser buenos cristianos que rendían culto a Dios, tenían una familia, un oficio y eran más independientes con respecto a la Iglesia: eran los «laicos».

—**¿Eran los clérigos exclusivamente hombres? ¿No había mujeres entre ellos?**

—Casi era así. Fueron fundamentalmente hombres: obispos, sacerdotes y también los religiosos a quienes se llamaba «monjes». Sin embargo, también había mujeres religiosas que vivían en comunidad en los monasterios (de ahí su nombre: «monjas»). Los clérigos eran célibes, aunque durante los primeros siglos de la Edad Media los obispos y los sacerdotes convivían a veces con una mujer y, por tanto, tenían hijos. A partir del siglo XII, la Iglesia prohibió definitivamente las parejas, prohibición que enseguida se volvió muy severa. Por la misma época, los monjes, que habitaban en los monasterios y acogían a veces comunidades de mujeres, se vieron obligados a partir de entonces a excluirlas o a mantener separaciones muy estrictas.

—**¿Cómo se hacía uno clérigo?**

—Quien tenía esa «vocación» solicitaba al obispo su admisión como clérigo. A continuación, aprendía la piedad, la devoción. Los futuros sacerdotes recibían una serie de nombramientos, de «grados», cada vez más elevados. El último era un sacramento, el sacerdocio o sacramento de la ordenación: el sacerdote se convertía entonces en un clérigo superior, facultado para impartir los sacramentos (es decir, para bautizar, confesar y celebrar misa) y para predicar. Por encima del sacerdote se encontraba el obispo.

—**¿Había muchos clérigos?**

—Sí, ¡sobre todo si los comparáis con la actualidad! Pero hay que distinguir entre dos tipos de personajes religiosos en el clero medieval, una distinción que, por lo demás, ha seguido siendo válida. Por una parte, estaban los clérigos relacionados con los fieles, encabezados por los sacerdotes, que se encargaban, por lo general, de una «parroquia» dentro del marco de una diócesis, que dirigía el obispo. Constituían lo que se denominaba el «clero secular» porque vivían «en el siglo», es decir, en el mundo. Por otra parte,

estaba el clero que vivía en soledad y retirado del mundo, aun cuando tuviera más contactos con la vida pública de lo que se cree: eran los monjes, los «*regulares*», los que vivían solos («*monje*» viene de una palabra griega, monos, que significa «*solo*») y obedecían a una «*regla*». Mantuvieron este nombre de «*monjes*» («*solitarios*») aun cuando, por lo demás, la mayoría de ellos habitaba en comunidades bastante aisladas del resto del mundo.

—***Pero había varios tipos de monjes...***

—Fueron muy numerosos a partir de los siglos V y VI. Los monjes irlandeses, en concreto, se distinguieron por la fundación de monasterios en los Vosgos y los Alpes. En el siglo VI, un monje italiano, Benito de Nursia, promulgó una regla moderada (es decir, no demasiado severa), en la que los trabajos manuales y los oficios religiosos estaban bien equilibrados. A comienzos del siglo IX, el hijo de Carlomagno, Luis el Piadoso, impuso esta regla para todo el conjunto de los monjes: fueron los benedictinos.

Pero la cosa no paró ahí. A partir del siglo X, se crearon numerosas órdenes religiosas, bajo la inspiración de la regla de san Benito, que se iba adaptando a las evoluciones de la sociedad. Una de estas órdenes, fundada en Cluny, se difundió por toda Europa de una forma extraordinaria, hasta el punto de que sus monjes llegaron a alcanzar un poder enorme y su jefe, el abad de Cluny, era considerado un personaje muy influyente. De hecho, algunos papas de esta época fueron antiguos monjes de Cluny. En el siglo XII, se produjo una nueva oleada de monjes reformados, es decir, de monjes preocupados por la recuperación de un modo de vida más austero, más cercano a la letra y al espíritu de la regla de san Benito. Los más conocidos fueron los cistercienses, nombre que se deriva de su «*casa materna*», situada en Cîteaux, en Borgoña. El más célebre de todos ellos fue san Bernardo, que vivió en la primera mitad del siglo XII.

—***Los templarios, ¿no eran acaso también una orden religiosa?***

—A eso quería llegar precisamente. Las Cruzadas contra los musulmanes (la primera Cruzada tuvo lugar a finales del siglo XI [véanse, más adelante, las págs. 90-93]) y el deseo de convertir por la fuerza a los paganos provocaron la fundación de órdenes militares; las principales fueron, al sur y al oeste, los templarios y los hospitalarios, y, al este, los Caballeros teutónicos. También las hubo en España.

—***¿Fue Francisco de Asís un monje?***

—No, sin duda. A comienzos del siglo XIII se fundaron las llamadas órdenes «*mendicantes*»: los franciscanos por Francisco de Asís y los dominicos por santo Domingo. No eran monjes, sino hermanos. No vivían en soledad, sino en conventos situados en las ciudades. Se les llamó «*mendicantes*» porque vivían de la caridad y las donaciones, y no gracias a la renta de sus tierras y sus posesiones (¡ya se encargaban sus «*amigos*» laicos de administrar esas tierras y posesiones!). Los hermanos mendicantes tuvieron un éxito fulgurante. Se ocupaban preferentemente de los individuos y las familias en las ciudades, aunque algunos laicos les reprocharon que se mezclaran demasiado en sus asuntos, que fueran excesivamente «*invasores*». A partir del siglo XIV, la cantidad y la importancia de los monjes y los religiosos disminuyeron considerablemente.

Los laicos: señores y siervos, habitantes de las ciudades y burgueses

—¿*Son laicos todos los que no son clérigos?*

—Sí, pero hay que distinguir entre tres tipos de laicos: los señores o nobles, los campesinos o siervos y los habitantes de las ciudades o ciudadanos.

En primer lugar, están los que ocupaban la posición más elevada y de los que ya hemos hablado: los caballeros. Estos podían tener dos nombres o dos títulos: podían llamarse «*señores*», porque las tierras que poseían se llamaban «*señoríos*» y porque percibían las rentas de la agricultura y los cánones (es decir, sumas de dinero) de los campesinos, o incluso recibir el título de «*nobles*», procedente de la Antigüedad, lo que los situaba en un cuerpo social superior, la nobleza. Esta dominaba a los que no formaban parte de ella, los plebeyos.

Por debajo de los señores, se encuentra todo el pueblo de los que no son nobles, y son por lo general campesinos. Hasta el siglo XII los campesinos no eran verdaderamente libres, y se los designaba con el nombre de «*siervos*»,

una palabra que viene del latín *servus*, «esclavo». Pero los siervos no se podían comparar ciertamente con los esclavos de la Antigüedad: la servidumbre era menos dura que la esclavitud a la que estaba sometida la mayoría de los campesinos antiguos; los siervos podían casarse y constituir una familia legal, lo que no se daba en absoluto en el caso del esclavo. A partir del siglo XI, los señores les concedían la libertad cada vez con mayor frecuencia, una libertad que ellos exigían como compensación por su trabajo; por su parte, los señores necesitaban nuevos cánones a causa de la evolución económica, y no habrían podido obtenerlos si hubieran mantenido a los siervos en su estado de «servidumbre». Los campesinos pretendían también más independencia para desplazarse y satisfacer necesidades diferentes en otros lugares (por ejemplo, desbrozar tierras, especialmente bosques, o vender sus productos en las ferias).

He de recordar, finalmente, que se nacía señor o siervo. Sin embargo, un señor podía «libertar», o hacer libre, a un siervo.

—***Queda una tercera categoría: la gente de las ciudades...***

—En efecto. Entre los siglos XI y XIII se produjo una gran expansión de las ciudades. La mayoría de sus habitantes debían su situación no al nacimiento —al revés que los señores y los siervos—, sino a su trabajo. Algunos se enriquecieron gracias al artesanado (fabricación de telas y ropa o herramientas, sirviéndose cada vez más del hierro), o bien por el comercio, y consiguieron, pacíficamente o por la fuerza, el derecho de fabricar y vender sin tener que pagar cánones a un señor: fueron las «franquicias» (franco quiere decir «libre»). Las ciudades, durante la primera fase de su existencia y su desarrollo (del siglo IX al XII), fueron llamadas por lo general «burgos», y sus habitantes eran los «burgueses», aunque la palabra «burgués» acabara por designar tanto a los ciudadanos de origen más antiguo como a los más ricos.

Cuando los burgos se extendían más allá de su propio territorio, daban lugar a los «suburbios». A menudo estos últimos estuvieron rodeados, en un momento dado, por un recinto amurallado: tal fue el caso de París bajo el reinado de Felipe Augusto, de 1190 a 1210; y tenéis también un ejemplo espectacular en las murallas de Carcasona, construida a imitación de las ciudades medievales... en el siglo XIX. Los burgueses tenían normalmente derechos especiales sobre los suburbios: en concreto, percibían cánones, o impuestos, de quienes atravesaban su territorio, construían en él una casa o instalaban una tienda.

Comerciantes, ferias y viajeros

—*Hizo usted alusión al comercio y a los mercaderes. Pero ¿cómo se procedía en la Edad Media? ¿Cómo se compraba y vendía la comida, la ropa y los demás productos de supervivencia?*

—Hace un momento os decía que, entre los siglos XI y XII, el gran cambio de la Edad Media, se produjo un aumento de la producción agrícola (al desbrozar los bosques y extender, así, la superficie cultivable): simultáneamente, el artesanado en las ciudades alcanzó un gran desarrollo. En consecuencia, la cantidad de productos que podían venderse e intercambiarse experimentó un considerable incremento. Por tal motivo, se concentraron y multiplicaron los lugares de concurrencia para la venta e intercambio de productos, ¡y fue así como nacieron las «ferias»!

Las había en toda Europa. En los siglos XII y XIII, las más frecuentadas y las más célebres fueron las de la Champaña, donde se desarrollaban y se extendían a lo largo de todo el año, en Provins, Lagny, Troyes y Bar-sur-Aube. A un nivel menor, local o regional, también existían los «mercados», que eran grandes lugares de encuentro.

—*¿Eran ferias «internacionales»?*

—Sí, por supuesto. Como con seguridad sabéis, cuando uno va a otro país debe tener, para poder comprar cualquier cosa, dinero de ese país, por tanto, necesita «cambiar» su moneda. (Hasta hace poco, antes del euro, nuestra moneda europea común, había que cambiar sistemáticamente de moneda cuando se pasaba de un país a otro.) En la Edad Media, existían según los lugares, en el mismo país, monedas muy diferentes y, por esta razón, una de las actividades de estas ferias consistía en facilitar el cambio, con personas especializadas y muy hábiles en este comercio de dineros. Ahora bien, a finales de este período, algunos de estos cambistas de moneda, más afortunados o más pillos que otros, se convirtieron en «banqueros». Y ¿por qué se les llamó así? ¡Porque hacían sus tratos encima de bancos! Al menos al comienzo, porque, desde luego, enseguida se construyeron edificios, los que serían los futuros bancos.

Aunque uno de los factores que más entorpecieron el progreso económico en esa época fue probablemente la desmesurada cantidad de monedas que existían.

—*¿Significa esto que se viajaba mucho en la Edad Media?*

—¡Desde luego que sí! Contrariamente a una vieja idea bastante extendida, de la que es necesario desprenderse, los siervos estaban muy poco atados a la tierra («*a la gleba*»). Sobre todo en los señoríos, los cánones que los señores recaudaban de los campesinos —es decir, precisamente los cánones «*feudales*»— eran muy gravosos. Los siervos se veían entonces obligados a desplazarse a otros lugares para probar fortuna. Pero, además de esta razón, como habréis podido comprender después de todo lo que hemos dicho, en la Edad Media los hombres y las mujeres, por humildes que fueran, se encontraban frecuentemente en camino para cambiar de señorío o de ciudad (porque pensaban que allí encontrarían ventajas, vivirían mejor, etc.), para acudir a una feria o para dirigirse a un lugar de peregrinación.

Los hombres y las mujeres eran «*itinerantes*», se desplazaban. Y esto es tan cierto para los clérigos como para los laicos, a pesar del relativo confinamiento de los monjes y las religiosas en sus monasterios. Incluso me atrevería a decir que se desplazaban tanto más en la medida en que la religión cristiana enseña a sus fieles que el hombre es un transeúnte en la tierra (en latín: *homo viator*), un viajero, un hombre que está en camino. Esta idea no fue nunca más cierta que en la Edad Media.

Los pobres. Hambrunas, enfermedades y epidemias

—*Usted ha hablado en varias ocasiones de los «progresos» que se produjeron en los siglos XI, XII y XIII. Pero, a pesar de todo, una de las imágenes más persistentes entre nosotros es la de una Edad Media pobre. ¿Es falsa?*

—No, por desgracia. Las ciudades de la Edad Media también estaban pobladas por numerosos pobres, y esta pobreza es desde luego uno de los puntos negros de lo que hemos llamado al comienzo la «*fea*» Edad Media.



FOTO 1. Enfrentamiento entre dos caballeros, miniatura de la *Crónica de Bertrand du Guesclin en prosa*, cantar de gesta de Ogier el Danés, hacia 1405. Pergamino del museo Condé, Chantilly.



FOTO 2. Castillo fortificado, España, hacia 1450. Museo del Prado, Madrid.

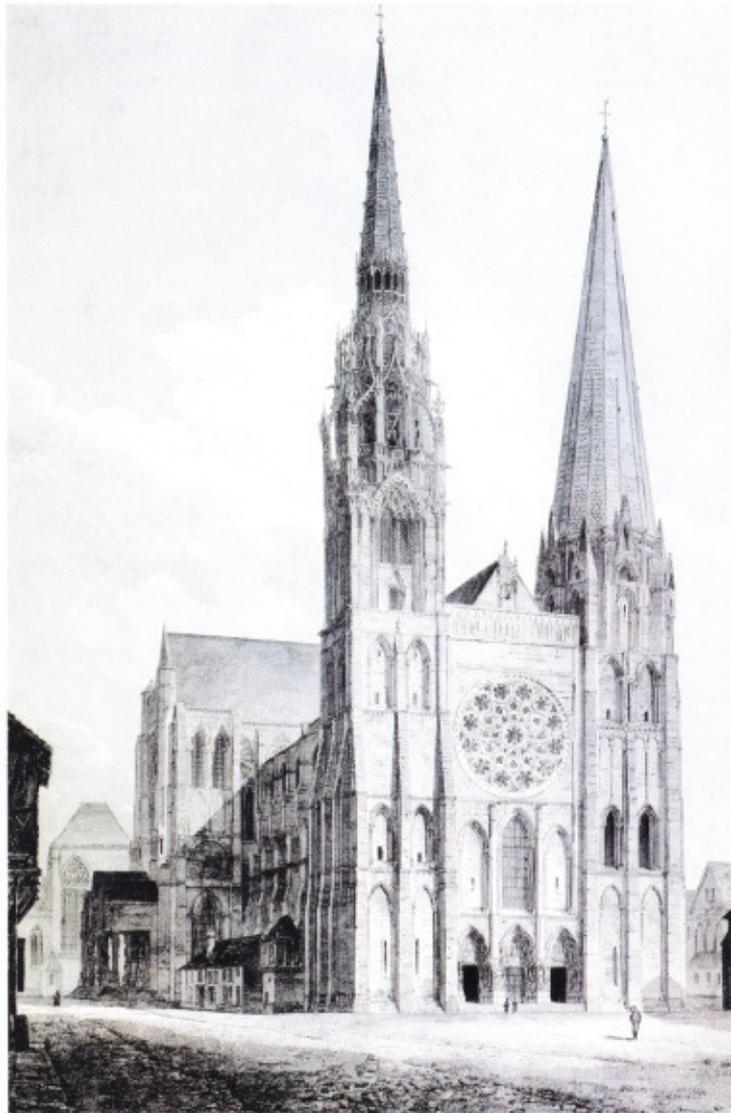


Foto 3. La catedral de Chartres (en su mayor parte del siglo XIII). Grabado del siglo XIX, Arts Déco, París.

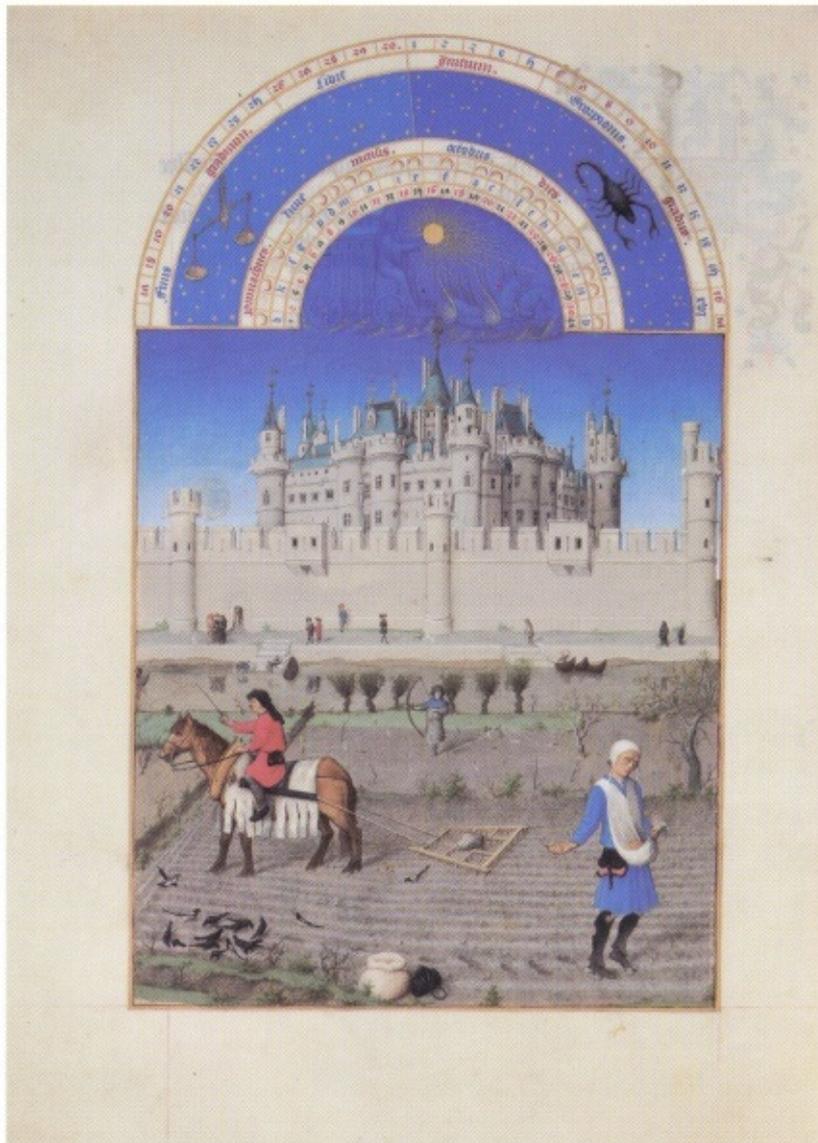


Foto 4. El mes de octubre y la siembra a orillas del Sena (el Louvre como trasfondo) en «El Calendario» de las *Muy ricas horas del Duque de Berry*, por los hermanos de Limbourg (1412-1416) y otros pintores a lo largo del siglo xv. Museo Condé, Chantilly.



FORO 5. Un unicornio vela ante el cuerpo de san Esteban, expuesto a los animales después de su martirio. Detalle de la *Tapicería de san Esteban* (pieza V), hacia 1500. Museo de la Edad Media (Thermes de Cluny), París.

—**¿Podía morirse uno de hambre en la Edad Media?**

—Sí. A pesar de los progresos que se produjeron en los cultivos agrícolas y los oficios alimentarios, la desigualdad en la alimentación entre ricos y pobres, entre señores y siervos era muy grande. Las hambrunas, que afectaban con frecuencia a las ciudades, no eran, sin embargo, raras en el campo, donde también había pobres. Se redujeron en el siglo XIII, pero se recrudecieron en el siglo XIV. Dar de comer a los hambrientos y a los pobres se convirtió, por otro lado, en uno de los mandamientos de la Iglesia: se impuso en primer lugar a los clérigos, pero era también un deber para los señores y los ricos y, no lo olvidemos, para los reyes. Fue ante todo en el campo de la alimentación, para hacer frente al hambre, donde la Edad Media se esforzó en desarrollar la caridad y la solidaridad. Los clérigos consagraron el sentido tradicional de la palabra latina caritas, que es «amor».

—**¿Había entonces muchos mendigos?**

—Sí, había muchos. Tan numerosos eran que la mendicidad no siempre fue humillante. En la Edad Media, estaba muy presente la imagen de un Jesús que habría sido mendigo, y en el siglo XIII, cuando aparecieron en las ciudades los nuevos religiosos de los que ya hemos hablado (véanse las págs. 57-58), los dominicos y los franciscanos, se les dio el nombre de «órdenes mendicantes», lo que, en aquella época, se entendía la mayoría de las veces como un elogio.

—**Y ¿qué se hacía con los enfermos? ¿Cómo se les cuidaba?**

—La manera de tratar a los enfermos era complicada. Durante mucho tiempo (de hecho durante toda la Edad Media e incluso después), se trataban sobre todo con remedios populares (es decir, con frecuencia mediante ritos mágicos: gestos, frases, brebajes y «filtros», bálsamos a los cuales se atribuía un poder de curación). Reconozcámoslo: en las regiones no cristianas, los hombres y las mujeres que ofrecían estos tratamientos se consideraban brujos y brujas. En tierras cristianas, la brujería estaba prohibida (más adelante volveremos sobre el tema), aunque existían «curanderos» cristianos a quienes Dios había otorgado un saber y no —por lo menos oficialmente— un poder. Los más pudientes (señores y burgueses) eran atendidos a menudo por médicos judíos, porque entre los judíos se había transmitido una medicina más culta procedente de la Antigüedad.

Pero incluso en esto, a partir del siglo XIII, la medicina hizo grandes

avances, y se creó la enseñanza de la medicina en la Universidad. Fue así como hubo una facultad de Medicina en París, aunque la mayor universidad medieval en este terreno fue la de Montpellier.

—**¿Todavía no había hospitales?**

—Sí. También en esta época (el siglo XIII), la Iglesia y, más concretamente, algunas órdenes religiosas construyeron los primeros hospitales, que se llamaron «*hoteles de Dios*». Hay dos ciudades, especialmente, en las que todavía se puede ver lo que queda de ellos: en Beaune, en Borgoña (que data del siglo XV), y en Siena, en Italia. En París, todavía queda, en la Île de la Cité, un hospital plenamente activo que lleva el nombre de «*Hôtel-Dieu*», pero sus actuales edificaciones no se remontan a la Edad Media, sino que datan del siglo XIV.

—**¿Cuáles fueron las «grandes enfermedades» de la Edad Media?**

—Hasta el siglo XIV, hubo una enfermedad muy expandida y muy temida: la lepra. Para los leprosos, se construyeron hospitales especializados en las ciudades, las «*leproserías*», encomendadas a la protección de María Magdalena, de ahí su nombre de «*barrio de la Magdalena*» (en París o en Lille, por ejemplo). Como se creía que la lepra era contagiosa, los leprosos que traspasaban sus muros tenían que agitar una matraca, las «*tablillas de san Lázaro*», que producía un sonido característico. Sin duda, como consecuencia de los progresos de la alimentación y los cuidados de la piel, en el siglo XIV la lepra casi desapareció por completo.

Entonces se propagó una terrible enfermedad, violentamente contagiosa: la peste negra. Fue traída de Oriente, de Crimea (al norte del mar Negro), por marineros genoveses y se difundió casi por toda la cristiandad, con reincidencias irregulares pero bastante frecuentes. La primera gran epidemia, en 1348-1349, sorprendió a los cristianos: provocó la desaparición de familias y de conventos enteros. Luego se buscaron remedios, pero sobre todo se recurrió a la puesta en cuarentena de los apestados, procurando evitar todo contacto con los enfermos. En las ciudades, la población fue sometida a rigurosos reglamentos contra la peste.

La mala alimentación era con frecuencia el origen de epidemias de disentería, a menudo letales, sobre todo para los recién nacidos y los niños pequeños. Quizás habréis oído decir que san Luis murió frente a Túnez a causa de la peste en 1270. Es falso: murió de disentería (o tifus).

CAPÍTULO V

Los poderosos

Los reyes, el papa y el emperador

—*Todavía no ha hablado de un personaje: el rey...*

—En efecto. En el sistema feudal, como hemos visto, los señores feudales detentaban casi todos los poderes, pero por encima de ellos había gente más poderosa que, a partir sobre todo del siglo XIII, lo acapararon en gran parte: fueron los reyes.

La aparición de los reyes fue una gran novedad en Occidente (que es, como sabéis, la parte «oeste» del mundo, ya que Oriente, o «Levante», visto desde Roma o Europa, están al este). Los orígenes de la realeza en Europa se remontan a los siglos V y VI. Así, los francos tuvieron reyes, y Clodoveo fue el más famoso de ellos; los godos también los tuvieron, y el más célebre fue Teodorico, que tenía su sede en Rávena, en Italia... Los reyes se rodearon de consejeros para ocuparse de los asuntos de su reino: eran lo que ahora se llama «altos funcionarios».

—*¿Cómo se llegaba a ser rey?*

—De dos formas: o por elección o por nacimiento. Así, Hugo Capeto, el primero de los reyes «Capetos», fue elegido por sus pares (sus semejantes, los demás señores) en el año 987. Pero la tendencia principal fue garantizar la sucesión de los reyes por nacimiento, es decir, mediante la creación de dinastías (familias reales, si lo preferís), y, en general, el sucesor del rey era su hijo primogénito. Por ejemplo, en Francia se dio la dinastía de los Capetos a partir del siglo X, y luego la de los Valois a partir de Felipe VI, a comienzos del siglo XIV. En algunos reinos, las mujeres podían convertirse en «reyes»: la reina no gozaba más que de una posición de prestigio, y a veces de influencia como madre o esposa del rey.

—***Pero ¿no se necesitaba también ser «consagrado» rey?***

—Sí, pero tenéis que daros cuenta de la diferencia con el emperador romano. En Roma, se rendía culto al emperador, es decir, se le veneraba como a una especie de dios o de demiurgo, mientras que a los reyes no se les rendía culto. Sin embargo, la «*función real*» también tenía un carácter sagrado, que algunos reyes imponían como resultado de la ceremonia religiosa de entronización que se producía al comienzo de su reinado. En efecto, los reyes de Francia se hacían consagrar, o iban a recibir la consagración, en la catedral de Reims, en conmemoración del bautismo de Clodoveo en ese mismo templo, mientras que los reyes de Inglaterra eran consagrados en la catedral de Westminster en Londres.

—***¿En qué se diferenciaban los emperadores y los reyes?***

—En que fue una multiplicidad de reyes, cada uno al frente de un reino, la que sustituyó al único emperador romano. Hay que recordar que éste dirigía el Imperio romano como un mando único y que era designado emperador por nacimiento, o bien por la aclamación de sus tropas. Su imagen dejó una intensa impronta en las mentalidades medievales.

—***¡Precisamente por eso! ¿El emperador Carlomagno pretendió acaso ser un nuevo emperador romano?***

—El rey de los francos, Carlos, llamado más tarde Carlomagno, Carlos el Grande, o Carolus Magnus en latín, se convirtió en el más poderoso de los reyes cristianos y especuló efectivamente con restablecer en su beneficio el prestigio y el territorio de los emperadores romanos. Los únicos que permanecieron al margen de su influencia directa fueron los reyes anglosajones. Contaba con el respaldo de la Iglesia, que se había vuelto una especie de monarquía que tenía al frente al obispo de Roma, a quien se le había otorgado el nombre de papa, es decir, de «*padre*». Con la complicidad de este último, Carlos fue consagrado emperador en Roma en las Navidades del año 800. Pero no hay que exagerar, tal como se ha venido haciendo, la importancia de este acontecimiento. Desde luego, Carlomagno se volvió a lo largo de la Edad Media un personaje de leyenda, pero sus sucesores no se consolidaron como emperadores. ¿Por qué? Sin duda porque el ideal de Carlomagno no se situaba en el futuro, sino en el pasado, en la Antigüedad. Carecía de una visión auténticamente europea, que excluía a los anglosajones del territorio que proyectaba para el Imperio: Carlomagno fue sobre todo un patriota franco y carecía de una visión mucho más amplia que el «*país de los*

francos» y sus conquistas. Pero seamos justos: fue un gran protector de las artes y las letras, que se rodeó de sabios procedentes de toda la cristiandad, y favoreció también la educación de los nobles personajes que le servían... ¿Sabíais que a finales del siglo XIX, cuando se instauró la escuela pública y obligatoria, se remontó su origen a Carlomagno? Pero, por supuesto, es sólo una leyenda.

—**¿En qué se distinguían los reyes de los señores?**

—Sobre todo mediante los símbolos reales: la mayoría de las veces era un trono, una corona, una vara llamada «*etro*» y, en algunos casos, una «*mano de justicia*» (una mano abierta fijada en el extremo de un mango), porque la justicia era una de sus grandes prerrogativas, una de las funciones reservadas a la realeza y también a la Iglesia. Generalmente, los reyes gobernaban directamente un territorio bastante reducido, el «*dominio real*», en el que eran soberanos, e indirectamente reinaban sobre los territorios de los señores, donde éstos ejercían su soberanía feudal. Otra de sus potestades consistía en mantener la paz.

—**Los reyes, ¿tenían entonces ya una corte?**

—No, pero a partir del siglo XIII, y sobre todo del XIV, los reyes, especialmente en Francia, se rodearon de hombres que podían ayudarles a construir el Estado real, monárquico, que fue el origen de ese poder público supremo que actualmente llamamos «*Estado*». En el Estado todavía naciente de la Edad Media, los reyes fueron ante todo prestigiosos «*cabecillas*» secundados por un equipo de consejeros: tal fue el caso de Fernando I de Castilla, el Grande (1035-1065), de Luis VII en Francia (1137-1180) y de Enrique II en Inglaterra (1154-1189). A partir del siglo XIII, también hubo diferentes asambleas, que los reyes consultaban, por ejemplo en lo referente a las finanzas y a la justicia. Pero no hay que imaginarse un gobierno con ministros y una «*administración*» desplegada por todo el reino.

—**Los reyes, ¿ejercían realmente el gobierno?**

—Se esperaba de los reyes que se ocuparan de los asuntos del reino, que sólo lentamente fue convirtiéndose en un Estado dotado de instituciones estables (leyes, impuestos, asambleas, funcionarios). Ahora bien, en el siglo VIII, la gente consideró que los reyes no cumplían su trabajo y los llamaron «*reyes holgazanes*». En todo caso, ése fue el pretexto que arguyeron en Francia los miembros de una nueva dinastía, cuyo jefe fue Pipino el Breve, padre de Carlomagno, para expulsar del trono a la dinastía precedente, la de

los Merovingios (es decir, la que tenía su origen en un rey franco llamado Meroveo), y reemplazarla por la que se designó con el nombre de Carolingios.

—***¿Tenían ejército los reyes de la Edad Media?***

—Sí, los reyes eran «*jefes militares*». La mayoría de las veces, el ejército real se formaba para cada guerra, en la primavera. Este ejército estaba constituido, por una parte, por soldados que dependían del rey y procedían de los dominios reales y, por otra, por mercenarios, es decir, por soldados extranjeros a los que el rey pagaba una «*soldada*». Pero en las grandes ocasiones los reyes dirigían un ejército que se podía llamar «*nacional*», compuesto por soldados reclutados en todo el reino. Fue lo que hizo, a comienzos del siglo XIII, el rey de Francia Felipe Augusto con ocasión de la batalla de Bouvines, en 1214. No fue hasta el siglo XV cuando los reyes de Francia constituyeron un ejército permanente.

—***Una última pregunta: ¿cómo se convirtió la ciudad de París en la sede del rey y la capital de los francos?***

—En algunos países, los reyes procuraron residir en la medida de lo posible en una ciudad, que desde entonces se consideraba la «*cabeza*» del reino, es decir, la capital (del latín *caput*, «*cabeza*»). En Francia, Clodoveo hizo de París su capital, aunque la ciudad no siguiera siéndolo por mucho tiempo: así, Carlomagno estableció su capital en Aix-la-Chapelle, una ciudad de Alemania, que dejó de serlo a su vez después de su reinado. En cambio, Londres se puede considerar la capital de Inglaterra desde Guillermo el Conquistador, en el siglo XI. En Francia, tras un largo titubeo entre París y Orleans, la capital entre los siglos XII y XV fue París, y no volvería a serlo luego, aunque por poco tiempo, hasta el siglo XVI: en efecto, el rey Luis XIV se estableció, durante la segunda mitad del siglo XVII, en Versalles.

En España, los reyes de Castilla cambiaron también varias veces de capital: a finales del siglo XI, fue Toledo, que había sido reconquistada a los musulmanes, y sólo en el siglo XVI crearon Madrid.

En Italia, entonces, no había capital, porque el papa siguió instalado la mayor parte del tiempo en Roma. Tampoco Alemania tuvo capital, hasta que, a partir del siglo XII, los príncipes alemanes eligieron un emperador en Fráncfort del Meno.

—***Sin embargo, da la impresión de que, por encima de los reyes, había***

personajes más importantes, que a veces se enfrentaban entre ellos.

—Sí. En la cúspide de la sociedad estaban el papa y el emperador, dos personajes teóricamente más poderosos que los demás. El papa estaba al frente de la Iglesia y era realmente su jefe, como un monarca. El emperador era más un «jefe» prestigioso que una figura con autoridad real. Teóricamente, estaba por encima de los reyes, los príncipes y las ciudades, pero apenas se le prestaba obediencia, y, a partir del siglo X, su autoridad apenas se extendía más allá del Sacro Imperio Romano Germánico, es decir, de Alemania e Italia.

—Pero ¿por qué se enfrentaban?

—Las «crónicas» (relatos de los acontecimientos en orden cronológico) están plagadas de disputas entre los papas y los emperadores, en particular a propósito del nombramiento de los obispos. Pero estos conflictos, que ocuparon el primer plano, encubrían la verdadera realidad, la que influía de hecho en la evolución de la sociedad y que se desarrollaba más bien entre bastidores o al fondo del escenario: en las monarquías, los señoríos feudales y las ciudades. Tras la muerte de Enrique VII en Pisa, en 1313, el emperador sólo conservó su autoridad en Alemania. Los papas eran elegidos por un colegio de cardenales (durante un «cónclave») designados por sus predecesores; y los emperadores, por príncipes alemanes especiales, los llamados «príncipes electores».

CAPÍTULO VI

La religión y la unidad de Europa

La cristiandad los herejes y los judíos, las Cruzadas

La cristiandad

—En la Edad Media, todos los países de Europa eran cristianos, y el jefe de los cristianos era el papa, que residía en Roma. La gente, ¿tenía ya conciencia de esta unidad?

—Aproximadamente a partir del siglo XI, los cristianos organizaron en común expediciones contra los musulmanes en Palestina para reconquistar los «*Santos Lugares*», donde Cristo había muerto y resucitado. Fueron las Cruzadas, que tuvieron lugar entre 1095 y 1291, fecha de la caída del último bastión cristiano en Palestina, San Juan de Acre. Los hombres y las mujeres de la Edad Media tuvieron entonces el sentimiento de pertenecer a un mismo conjunto de instituciones, creencias y costumbres: la cristiandad. Pero es imprescindible retener lo siguiente: contrariamente a los otros dos «*monoteísmos*», el judío y el musulmán (los monoteísmos son religiones que creen en un solo dios, que es un dios todopoderoso), los cristianos repartían el poder ejercido en la tierra entre, por una parte, la Iglesia (el llamado poder «*espiritual*») y, por otra, los jefes laicos (el llamado poder «*temporal*»), o sea, entre el papa, por un lado, y los emperadores y los reyes, por otro.

—¿Por qué los cristianos establecían esta distinción?

—Porque figura en el libro sagrado de los cristianos, los Evangelios, donde Jesús determina que se dé a Dios lo que es de Dios, y al César, es decir, a los mandatarios laicos, lo que es del César (el gobierno del país, el ejército, los impuestos, etc.). Esta distinción impedirá que los europeos surgidos de la cristiandad concedan todos los poderes a Dios y a los clérigos y vivan en lo que se llama una *«teocracia»* (que son los países en los que el poder es de Dios). Y será lo que les permita, a partir del siglo XIX, fundar las democracias (el poder viene del pueblo).

—***Pero ¿cuáles eran los poderes de la Iglesia en la Edad Media?***

—Eran enormes. Recaudaba importantes cánones, o impuestos, a todos los cristianos. Algunos casos y algunos juicios, en especial los que concernían al matrimonio, se confiaban a los tribunales eclesiásticos (tribunales cuyos jueces eran clérigos designados por los obispos). Aún más importante: cuando un rey o un poderoso cristiano mostraba su desobediencia a la Iglesia, es decir, a Dios, el papa podía *«excomulgarlo»*, expulsarlo de la Iglesia, e incluso prohibir a sus súbditos el acceso a los sacramentos. Por tanto, ya no podía haber bautizos, ni comuniones, ni perdón de los pecados, ni bodas, ni extremaunciones (que es el sacramento que se administra a los moribundos), y era una medida muy perturbadora para los excomulgados, porque debo recordar que, en la Edad Media, todo el mundo era muy creyente.

¿Cómo ser un «buen» cristiano?

—***Dios, Cristo, Jesús, la Virgen... eran muchas personas. ¿Podría usted decirnos algo del Dios en el que se creía en la Edad Media?***

—Se creía en un solo Dios, que estaba formado por tres personas —tres figuras diferentes, si lo preferís—, lo que se llama la *«Santísima Trinidad»*. Eran Dios Padre, Dios Hijo (Jesucristo) y el Espíritu Santo. Los cristianos invocaban a uno u otro en función de sus plegarias. Para ellos, Dios Padre era en cierto modo el comandante en jefe, un tanto lejano y también un juez severo; Jesús, al contrario, era el supremo intercesor de todo el mundo, y el

Espíritu Santo concedía a los individuos y a los grupos religiosos (las «*cofradías*») la devoción, la piedad y la gracia que les permitía alcanzar la salvación, es decir, la vida eterna en el más allá.

Ya os he hablado de los «*sacramentos*», que son para los cristianos los signos de su pertenencia a la Iglesia. El más importante era el bautismo, porque convertía a quienes lo recibían en cristianos y los facultaba para obtener la salvación.

—***¿Qué era lo que hacía de alguien un «buen» cristiano?***

—El buen cristiano tenía que llevar a cabo un determinado número de actos: rezar a Dios todos los días, comulgar, es decir, recibir el cuerpo de Cristo mediante la hostia (pan consagrado por el sacerdote durante la misa), una vez al año, y en general abstenerse de cometer faltas o «*pecados*», definidos por la Iglesia y enseñados por ella durante la instrucción religiosa impartida a los niños en la «*catequesis*». Precisamente a propósito de las culpas o los pecados me gustaría destacar que, a partir del siglo XIII, un sacramento adquirió una importancia especial: la confesión personal de las propias culpas. Al menos una vez al año, el cristiano debía confesarlas ante un sacerdote, representante de Dios, y, salvo casos excepcionales (si el pecado parecía desmesurado), el penitente recibía la absolución, es decir, la supresión de los pecados cometidos, al término de su confesión. La finalidad que la Iglesia proponía a los cristianos, mediante la absolución de las culpas, era la salvación, esto es, la vida eterna en el paraíso.

Sin embargo, las personas que morían sin haberse confesado o que habían cometido pecados enormes e imperdonables serían, durante el Juicio Final, arrojados por Dios al infierno, donde padecerían los tormentos de Satanás y los demonios.

—***En los cuadros que nos enseñaron del Juicio Final pueden verse también clérigos, especialmente obispos y monjes, arrojados a las llamas.***

—Por supuesto. El diablo podía hacer que todos los hombres, clérigos y laicos, sucumbieran a los pecados mortales. A lo largo de su vida, todos los cristianos, clérigos y laicos, debían desconfiar del demonio y combatir al diablo (el demonio y el diablo son la misma cosa), porque este último intentaba arrastrarlos al pecado y hacer que fueran condenados al infierno, convertirlos en «*condenados*». Para los hombres y las mujeres de la Edad Media, el diablo era el gran enemigo, y en este sentido hay que decir que también formaba parte de los grandes «*personajes*» de este período.

—***Y tras la muerte, ¿estaba el infierno o bien el paraíso? ¿No existía ningún estado intermedio o un tercer lugar?***

—Sí. A partir de finales del siglo XII, la Iglesia instituyó, para el lapso de tiempo comprendido entre la muerte individual y el Juicio Final, un lugar de espera para los cristianos que no habían «*expiado*» completamente sus pecados antes de morir. Allí los «*purgaban*» definitivamente mediante penas especiales, un poco parecidas a las del infierno, y podían ser liberados gracias a las oraciones, las limosnas y las misas de sus parientes y amigos que permanecían en la tierra, y gracias a la Iglesia.

—***Dijo usted hace poco que Jesús era el «intercesor» de la gente de la Edad Media. Anteriormente también habló de la importancia de la Virgen.***

—Efectivamente. A partir del siglo XII aproximadamente dos formas de devoción cobraron una particular importancia en toda la cristiandad. La piedad hacia Jesucristo, hijo de Dios, se expresó sobre todo mediante la devoción por los sufrimientos que padeció durante su existencia terrenal, y en concreto por el tormento de la crucifixión. Esta devoción se manifestaba mediante oraciones de arrepentimiento ante las imágenes de Jesús en la cruz, del Crucificado.

La otra gran devoción, de la que ya hemos hablado, fue el culto a la madre de Cristo, la Virgen María, que la fe cristiana se representó como nacida sin haber sido mancillada por el pecado original, al contrario que el resto de las mujeres y los hombres, y habiendo ascendido directamente al cielo después de su muerte. María fue el objeto de frecuentes y fervorosas plegarias. Los fieles estaban convencidos de que ella era atendida solícitamente por su hijo cuando se erigía en abogada de un pecador o un enfermo, razón por la cual se puede incluso considerar que fue promovida por el pueblo cristiano a una especie de estatuto divino. Pero, oficialmente, la Iglesia no aprobaba esta idea de que María pudiese ser la «*cuarta persona*» de la Trinidad (sin ánimo de ofender a nadie, esta situación hace pensar en los «*tres mosqueteros*», que en realidad eran cuatro...).

—***Usted acaba de decir: «la Iglesia no aprobaba...». ¿Acaso pretendía intervenir en la vida de la gente?***

—Sí. Cuando decimos «*Iglesia*» incluimos desde luego a todos los cristianos, aunque esta palabra tenga a menudo un sentido más restringido y se aplique entonces concretamente a la «*jerarquía eclesiástica*»: el papa, los cardenales —que eran en cierto sentido la «*corte*» del papa—, los obispos y

los sacerdotes, sobre todo los que dirigían una parroquia y se llamaban «*curas*». Como respuesta a tu pregunta, hay que decir que esta jerarquía, desde el papa en la cima hasta los curas en la base, inspiraba y controlaba la vida religiosa de los hombres y las mujeres de la Edad Media. Les exigía rezar a Dios permanentemente y con tesón, recibir los sacramentos y participar en las fiestas religiosas cuyo calendario organizaba.

Las tres fiestas mayores eran la Navidad, la Pascua de Resurrección y la de Pentecostés. Pero los mandamientos de la Iglesia eran muy amplios. Era obligatorio asistir a misa al menos el domingo y guardar reposo ese mismo día. (Entre los judíos, el día de descanso es el sábado, porque la Biblia dice que ese día, el séptimo, Dios descansó después de haber creado el mundo y al hombre; entre los musulmanes, es el viernes, pero eran muy pocos fuera de España y Portugal, que se separó de España en el siglo XIII. Los cristianos trasladaron este «*descanso del séptimo día*» al domingo —que era, de hecho, el primer día de la semana—, en conmemoración de la resurrección de Cristo ese día.)

Otra obligación impuesta a los cristianos era el ayuno (había que comer poco o menos de lo habitual) y la abstinencia (privarse de comer carne) en momentos precisos: los viernes, en recuerdo de la muerte terrenal de Cristo en la cruz, también durante el período de cuarenta días que precede a la Pascua de Resurrección y que se llama tiempo de «*cuaresma*», así como algunos otros días señalados. Digamos que, globalmente, la celebración de las fiestas religiosas, mediante la participación en la liturgia (es decir, en los oficios, ceremonias y plegarias de la Iglesia), era más o menos obligatoria.

Los herejes y los judios

—*Y ¿qué pasaba si no se obedecía?*

—Hay que distinguir entre las desobediencias puntuales y las discrepancias profundas o los rechazos ostensibles. Las primeras, las que era necesario confesar, las que acarreaban la excomunión —de la que ya hemos

hablado—, podían ser rápidamente dispensadas mediante el arrepentimiento. Las otras desobediencias eran severamente condenadas y reprimidas por la Iglesia, normalmente ayudada por el poder laico.

A estos insumisos se les llamaba «*herejes*», y fueron los grandes adversarios internos de la cristiandad en la Edad Media. En el siglo XIII, la Iglesia instituyó tribunales especiales para perseguirlos y juzgarlos: así fue como nació la «*Inquisición*». Los condenados por estos tribunales eran entregados al «*brazo secular*», es decir, a la «*policía*» del poder laico, que ejecutaba la sentencia: o la prisión perpetua o la muerte en la hoguera.

—***¿Hubo herejes en toda Europa?***

—Sí, pero en los siglos XIII y XIV fueron especialmente numerosos en Alemania, en el sur de Francia y en el norte de Italia. En estas regiones, la Inquisición condenó y llevó a la hoguera a muchos. Pero los más conocidos fueron los «*cátaros*», de los que quizá ya habéis oído hablar. Es una palabra que significa «*puros*». Los cátaros habían creado comunidades en el suroeste de Francia, en la región de Toulouse, de Albi... Estos herejes pensaban que sólo ellos estaban desprovistos de pecado y que la Iglesia era incapaz de purificar de sus pecados a los cristianos ordinarios, «*no puros*». La Iglesia dirigió una Cruzada contra estos herejes del sur de Francia a comienzos del siglo XIII: la Cruzada contra los albigenses (es famosa la toma del castillo cátaro de Montsegur, cuyos defensores murieron en la hoguera).

—***¿También se perseguía a los judíos en la Edad Media?***

—Sí, pero su caso era diferente al de los herejes. Desde su aparición, la Iglesia manifestó una hostilidad absoluta con respecto a estos últimos, mientras que durante mucho tiempo mantuvo una actitud más matizada hacia los judíos. Estos eran numerosos en la cristiandad porque, vencidos y expulsados por los romanos, se vieron obligados a abandonar Palestina desde la Antigüedad, a partir del siglo II d. C.

Los judíos no obedecían a la Iglesia y no compartían la fe cristiana, ya que se negaban a considerar a Jesús, a Cristo, como hijo de Dios. Sin embargo, no eran un cuerpo totalmente extraño en la cristiandad. Efectivamente, Cristo había surgido del judaísmo; Jesús era judío. Y, en consecuencia, los judíos eran considerados más como atrasados que como enemigos.

—***Y, sin embargo, en la Edad Media, ¡los cristianos no los trataron con muchos miramientos!***

—En efecto. Conforme progresaba la cristiandad, los judíos fueron siendo cada vez más excluidos, y el antijudaísmo, primera etapa del antisemitismo — que es el nombre que se le da al odio a los judíos—, ganó terreno. En cualquier caso, la Iglesia y los cristianos no se ensañaron con ellos más que a partir de las Cruzadas: fue en ese momento cuando se les hizo culpables de la crucifixión de Jesús, cuando se les acusó de ser «*deicidas*», «*asesinos de Dios*». A partir del siglo XII, se les imputó a los judíos crímenes falsos, como el de profanar la hostia (es decir, mancillar una hostia santa, consagrada, convertida en el cuerpo de Cristo) o el de matar niños cristianos (crimen de infanticidio). Como resultado de ello, se produjeron matanzas colectivas, «*pogromos*», cometidos principalmente por la gente del pueblo, porque los reyes e incluso los papas se inclinaban más bien a la protección de los judíos, aunque limitaran sus libertades y su poder. Así, se les prohibió el cultivo de la tierra y diversos oficios, lo que los impulsó a volverse prestamistas, hombres de dinero, y de este modo se alimentó todavía más la hostilidad de los cristianos con respecto a ellos.

—*¿Acaso no fueron expulsados los judíos de varios países?*

—Se dieron actitudes diferentes hacia ellos según los momentos. Pero, en efecto, aparte de los pogromos, algunos reinos recurrieron a la expulsión: así sucedió en Inglaterra en el siglo XIII, en Francia en el siglo XIV y, a finales del XV, en España.

Con la Inquisición y su represión de los herejes, el antijudaísmo fue el error más grave de la Edad Media.

Las cruzadas

—*¿No habría otro defecto o en todo caso, un episodio poco glorioso y condenable: las Cruzadas?*

—Sí, ésa es mi opinión, y la de mucha gente en la actualidad. El cristianismo tal como fue enseñado por Jesús y el Nuevo Testamento (los Evangelios) era una religión pacífica. Entre los primeros cristianos, muchos

fueron perseguidos por los romanos porque no querían ir a la guerra. Pero, a medida que se iban convirtiendo al cristianismo, los bárbaros fueron introduciendo en él sus costumbres guerreras. Se creyó que la fe podía y debía imponerse a veces por la fuerza, no mediante las misiones y la predicación. Y estaba también el ejemplo de los musulmanes, que conquistaron España en el siglo IX y a quienes el Corán enseñaba, en algunos versículos, que para llevar adelante la tarea de conversión podía recurrirse a la guerra: era el principio de la yihad (la «*guerra santa*») militar. También la Europa cristiana se entregó a la guerra religiosa a partir del siglo XI.

—Y ¿se hicieron para recuperar los Santos Lugares donde había vivido Jesús?

—Sí, pero ya antes se había propuesto retomar por la fuerza España a los musulmanes, que a su vez la habían conquistado por la fuerza: fue la Reconquista. Luego, en efecto, los cristianos quisieron arrebatárselos Palestina, y sobre todo Jerusalén, donde se encontraba la tumba de Cristo (los jefes musulmanes prohibieron, en algunas épocas, que los cristianos acudieran en peregrinación a los Santos Lugares cristianos y visitaran lo que ellos llamaban el «*Santo Sepulcro*», es decir, la «*Sagrada Tumba*» de Cristo).

A finales del siglo XI, el papado se volcó en la predicación de una gran expedición cristiana, con la esperanza de que eso lo pusiera definitivamente al frente de la cristiandad e impidiera que los cristianos lucharan y se mataran entre ellos. Fue la primera «*Cruzada*», que desplazó a Palestina a muchos miles de cristianos atraídos por dos objetivos: el servicio de la fe y también el deseo de entregarse al pillaje y la conquista. Es difícil distinguir bien entre los dos en muchos cruzados.

—En cualquier caso, consiguieron su objetivo: tomar Jerusalén...

—En efecto. Una primera Cruzada, predicada por el papa en 1095 y que se caracterizó, a su paso, por numerosos pillajes y matanzas, logró en 1099 conquistar Jerusalén en medio de un baño de sangre... A continuación, los musulmanes lanzaron numerosas ofensivas contra los cristianos que habían fundado Estados cristianos en Tierra Santa. Hubo un total de siete Cruzadas, algunas dirigidas por reyes (Felipe Augusto, por parte de Francia, y Ricardo Corazón de León, por parte de Inglaterra, por ejemplo) y otras por los emperadores germánicos Federico Barbarroja y Federico II. Luis IX (san Luis) capitaneó, en el siglo XIII, dos Cruzadas, una en Egipto y otra en Túnez, frente a cuya capital murió por disentería en 1270.

Los cristianos ya habían padecido numerosas derrotas en Palestina, especialmente ante el jefe musulmán kurdo Saladino, durante el siglo XII. Finalmente, tuvieron que evacuar la última posesión cristiana, San Juan de Acre, en 1291. A partir de entonces, la Cruzada no fue ya más que un sueño entre los cristianos.

—*El balance de las Cruzadas es, por tanto, muy negativo...*

—En cualquier caso, ¡no dejaron nada de positivo! Fueron muy costosas en medios y vidas humanas, y suscitaron fuertes rencores en los musulmanes, que siguen vivos en la actualidad.

CAPÍTULO VII

El imaginario religioso de la Edad Media

Ángeles y demonios, santas y santos, lo maravilloso, dragones y hadas

—*Al escucharle, uno tiene la impresión de que en la Edad Media la gente vivía constantemente inmersa en la religión y las imágenes religiosas.*

—Sí, es así. En la cristiandad medieval, se apelaba con facilidad a la creencia en el más allá. Dios y los personajes sobrenaturales estaban muy presentes en la vida cotidiana. La religión cristiana excitaba poderosamente la imaginación de los hombres y las mujeres, y produjo un «*imaginario*» propiamente cristiano, es decir, un mundo de imágenes y de símbolos que marcarían a Europa por mucho tiempo. Se pensaba, por ejemplo, que el cielo estaba habitado no sólo por Dios y la Virgen María, sino también por seres sobrenaturales, unos buenos y otros malos.

Ángeles y demonios

—*¿Se refiere usted a los santos?*

—No, porque los santos que están en el cielo son todos justos y siguen siendo hombres y mujeres. Me refiero a los buenos y malos ángeles. Tal como cuenta la Biblia, al comienzo de todo, cuando Dios creó el cielo y la tierra así como a los dos primeros seres humanos, Adán y Eva, sólo estaba rodeado por

servidores absolutamente puros, los ángeles, cuya pureza se simbolizaba mediante la blancura resplandeciente de su vestidura. Luego, cuando los seres humanos cayeron en el pecado (un pecado que se llama «*original*»), una parte de los ángeles se rebeló contra Dios bajo el mando del más brillante de todos ellos, llamado Lucifer (el «*portador de luz*»), Y fueron expulsados del cielo para ir al infierno. A partir de ese momento, el cielo estuvo poblado por ángeles buenos y el infierno por demonios malos. Se creía que los ángeles y los demonios (llamados también diablos) venían con frecuencia a la tierra. Los primeros ayudaban a los hombres a combatir el pecado. Por otra parte, Dios asignaba a cada cristiano un ángel protector: el ángel de la guarda. Hay que añadir que, entre los buenos ángeles que permanecieron en el cielo, algunos eran superiores a los otros, como los «*Tronos*», las «*Dominaciones*» y las «*Potestades*». También había «*arcángeles*», como Miguel, Gabriel y Rafael. Los teólogos de la Edad Media, es decir, los sabios especialistas en la religión cristiana y las cosas divinas, establecieron toda una clasificación, una jerarquía entre los ángeles, que se volvió a su vez un modelo para las jerarquías y los rangos entre los seres humanos en la tierra. El jefe de los demonios, llamado Satanás, aparece en los Evangelios tentando al propio Jesús para hacerle caer en el pecado. En la Edad Media, a Satanás se le llamaba el «*Diablo*».

—***Y ¿cuál era la función de los demonios?***

—Descendían a la tierra para seducir a los hombres y arrastrarlos al pecado. Según el imaginario medieval, asaltaban especialmente a las mujeres. Por este motivo, las mujeres encontraron en el mundo sobrenatural, a la vez, aliados para la promoción de su igualdad con respecto a los hombres (las chicas tenían un ángel de la guarda, exactamente igual que los chicos) y enemigos que justificaban la condición más o menos inferior en la que a menudo se encontraban relegadas.

—***Nos cuesta trabajo entender cómo los ángeles y los demonios podían tener tanta importancia en la vida cotidiana...***

—Bueno, tenéis que imaginaros a los hombres y las mujeres de la Edad Media atrapados en el torbellino de las cohortes celestiales, debatiéndose en medio de ángeles compasivos y demonios hostiles. Porque debéis representároslos de un modo parecido a algunos seres humanos de las películas y los cómics de ciencia ficción, que se benefician de la ayuda de personajes fantásticos y extraterrestres o, sobre todo, son víctimas de sus agresiones.

—¿Tiene eso algo que ver con que la gente de la Edad Media tuviera miedo?

—El miedo al diablo y a los demonios era grande, pero lo era todavía más el miedo al infierno. Sin embargo, la gente de la Edad Media disfrutaba de la alegría y la felicidad, especialmente gracias a la oración. Y no ignoraban los placeres más terrenales. También podía inspirar terror la naturaleza, principalmente los bosques y el mar.

Santas y santos

—Y ¿qué es lo que aportaban las santas y los santos a ese mundo poblado por ángeles y demonios?

—Los santos y las santas fueron un invento cristiano. ¿Cuál fue su origen? Se creía que algunas mujeres y algunos hombres, gracias a su excepcional devoción y a su comportamiento caritativo, podían acceder a una especie de rango intermedio entre los ángeles y los seres humanos. Para que fructificara su devoción y como recompensa por sus virtudes, Dios los convirtió en sus mensajeros ante los seres humanos. Hizo que obraran milagros, ante todo en forma de extraordinarias curaciones para casos de enfermedades que se juzgaban incurables o en situaciones desesperadas, como naufragios, incendios y todo tipo de desgracias. Se consideraba que los santos eran unos intercesores benévolos y benéficos ante Dios. Y por eso fueron también objeto de culto, es decir, se los veneró, se les dirigieron plegarias... Pero su virtud y su poder no procedían de ellos mismos: no eran más que los delegados de Dios. Sólo él podía obrar milagros, y los cristianos no debían divinizar a los santos. El culto que se les dedicaba, la veneración que se tenía por ellos, era, pues, inferior al culto debido a Dios.

—Pero, para la gente, ¿después de todo, eran ellos, los santos, quienes hacían los milagros!

—Sí, aunque sus milagros ponían de manifiesto en primer lugar el poder de Dios, capaz de actuar en contra de las leyes de la naturaleza. Tengo que

recordaros que, para los cristianos de la Edad Media (e incluso en la actualidad), era Dios mismo quien había creado la naturaleza e instituido sus leyes. Se creía que éste era el motivo de que limitara la cantidad y la frecuencia de los milagros. Pero tenéis razón: la gente podía olvidar a Dios y ver sobre todo el poder delegado de los santos. Para reafirmar que era Dios quien realizaba los milagros y fijaba su número, la Iglesia decidió, en el siglo XIII, que los santos y las santas sólo podrían obrar milagros después de su muerte, lo que los diferenciaba de los brujos paganos. Primero localizó los milagros cerca de sus tumbas, pero a continuación los «deslocalizó»: los santos fueron capaces de obrar milagros en cualquier lugar siempre que Dios tuviera a bien acceder a los ruegos de quienes los invocaban.

—*Con todo, hay santos más conocidos que otros...*

—En efecto. La forma que tenían de interceder ante Dios desembocó también en una especie de jerarquía entre los propios santos: los grandes santos eran capaces de obrar todo tipo de milagros, mientras que los otros sólo los realizaban en un lugar determinado, especialmente cerca de su tumba. Aparte de Jesús, únicamente la Virgen podía hacer todos los milagros, lo que reforzaba su carácter divino.

Lo maravilloso cristiano

—*Pero con todos estos ángeles y demonios, todos estos santos, todos estos seres sobrenaturales que poblaban la imaginación de los cristianos, ¿qué era entonces lo que los diferenciaba de los paganos?*

—Es una buena pregunta. ¿Qué actitud tuvo la Iglesia frente a los paganos? Combatió el «paganismo» principalmente de dos maneras: bien mediante la destrucción de los objetos de culto paganos (estatuas, altares...), bien mediante su «cristianización». Por ejemplo, los paganos solían venerar los árboles y las fuentes: la Iglesia taló los primeros, y la mayoría de los árboles adorados por los paganos desapareció. Fue una época intolerante (ya hemos hablado de ello), en la que no se hacían concesiones al enemigo. Uno

de los mayores destructores de árboles sagrados paganos fue también uno de los santos más grandes de comienzos de la Edad Media: san Martín de Tours, que también fue un modelo de caridad. Cortó su capa en dos y le dio la mitad a un pobre que andaba casi desnudo. ¿No habría podido dársela entera? El reparto es un grado de la caridad, pero ¡más alto es el de la donación!

—***Y ¿qué hizo con las fuentes?***

—Fueron más bien «*cristianizadas*». Se reparó que su agua no era desde luego agua sagrada, pero que a pesar de todo era benefactora a partir del momento en que un santo la había bendecido. Por eso muchas capillas cristianas dedicadas a los santos están construidas en la cercanía de una fuente cristianizada. Sin embargo, el imaginario pagano sobrevivió bajo numerosos aspectos, especialmente cuando adoptaba formas seductoras. Fue de ese modo como el universo medieval siguió estando poblado, por ejemplo, por monstruos, sobre todo monstruos alados: los dragones. Además, paralelamente a los santos, el pueblo cristiano de la Edad Media siguió venerando a mujeres dotadas de poderes sobrenaturales excepcionales y que solían distinguirse por su belleza: las hadas, como Melusina o Viviana. Los enanos y los gigantes también causaban mucha impresión y podían ser buenos (el enano Olerón, el gigante san Cristóbal) o malos.

—***Pero ¿cómo reaccionó a eso la Iglesia?***

—Encontró una palabra para designar este imaginario pagano y a estos seres que no eran decididamente malos: lo «*maravilloso*». Desde luego, lo maravilloso era inferior al milagro: carecía de su carácter sagrado, religioso. En cambio, conservaba la idea de una realidad sobrenatural, que la mayoría de las veces era invisible, pero podía dar lugar también a apariciones, igual que las de los ángeles y los demonios.

—***¿Nos podría poner un ejemplo?***

—Sí. Hay un ser maravilloso que muestra perfectamente la tendencia a asimilar el imaginario pagano en el imaginario cristiano: es el unicornio, un ser fabuloso inventado por los sabios de la Antigüedad, que lo caracterizaban como un animal dotado de un largo y único cuerno. Ahora bien, los cristianos atribuyeron al unicornio poderes relacionados con Cristo. Se convirtió en el símbolo de una mujer que huía de los cazadores, una especie de virgen a medias pagana y a medias cristiana. Quizás alguno de vosotros haya visitado el museo de Cluny en París. En él puede verse una escena de tapicería del siglo xv que representa a una hermosísima mujer que recibe a un unicornio.

Se le llama, justamente, el tapiz de «*la dama del unicornio*».

CAPÍTULO VIII

La cultura

Las artes y las letras, el saber y la enseñanza, la fiesta

—¿Qué representaba la cultura, el estudio y el saber para la gente de la Edad Media?

—Para la religión cristiana, los hombres —¡y las mujeres!— tenían que venerar a Dios a través del conocimiento y la belleza. Sin embargo, fueron sobre todo los clérigos quienes sirvieron de vehículo a este ideal, y fue sobre todo en los monasterios y las iglesias donde se dio, primordialmente para ellos, una enseñanza y la posibilidad de realizar obras de arte. Así, hasta el siglo XIII, hubo en los monasterios una sala especial, llamada *scriptorium* (del latín *scribere*, «escribir»), donde los monjes escribían los devocionarios, que ilustraban ellos mismos o hacían que los ilustraran dibujantes y pintores. Los monjes copiaban también los manuscritos de la Antigüedad y tenían, por tanto, una función de «copistas» y de «intermediarios».

Las artes y las letras

—¿Se trata de las miniaturas que se pueden ver en la parte superior de las páginas?

—Sí, entre otras. También podía tratarse de seres fantasiosos dibujados en

los márgenes del manuscrito. En esta época, el arte estaba en una situación intermedia entre un arte llamado «*mecánico*», manual, un trabajo de artesano, y una creación de conocimiento y de belleza que respondería a lo que iba a ser a finales de la Edad Media el arte propiamente dicho. En general, se admite que el pintor italiano Giotto, que pintó en el siglo XIV en Asís, la ciudad de san Francisco, en Florencia, en Padua y en Roma, fue el primero a quien se consideró un artista. Ahora bien, él era laico. De hecho, se puede decir que en la Edad Media la ciencia y el arte se «*vuelven laicos*», es decir, se van liberando progresivamente de la influencia de la religión. Así, a partir del siglo XIII, los principales focos del saber y la actividad artística ya no fueron los conventos y las iglesias, sino las ciudades, lugares y espacios que ya no estaban en manos de los clérigos.

—***Sin embargo, cuando se habla del arte en la Edad Media, se muestran sobre todo monumentos religiosos.***

—Sí, porque las iglesias eran los principales lugares donde, al margen de la arquitectura, se desarrollaron las dos grandes artes que fueron, en aquel tiempo, la escultura y la música, sin contar los frescos. Los cuadros pintados al óleo sobre un caballete no aparecieron hasta el siglo XV.

—***¿Dice usted la música?***

—Sí. Se puede decir que la Edad Media fue una gran época musical, que creó y desarrolló instrumentos como el laúd, una especie de violín, y el órgano. Este adquirió proporciones tales que tuvieron que habilitarse en las iglesias galerías especiales con cajas de órgano cada vez más grandes. Pero el principal instrumento musical de la Edad Media fue la voz humana. Entonces se inventaron, en efecto, nuevas notaciones de música, notas de solfeo, nuevas maneras de cantar, en especial de un modo colectivo: es la «*polifonía*» (una palabra que viene del griego y significa «*varias voces*»). Añadiré que, en el siglo XIV, la música se modernizó bajo formas especiales a las que se llamó *ars nova*, el «*arte nuevo*».

—***Y ya hemos visto, a propósito de los caballeros de la Mesa Redonda, que se escribían novelas.***

—Sí, la literatura era muy reputada en la Edad Media, y entonces se gestó una «*creación literaria*» muy brillante. En los siglos XII y XIII se compusieron ciclos de historias y de leyendas, a menudo de forma anónima (no se conocía el nombre de los autores): son los «*cantares de gesta*», es decir, las canciones que relatan hazañas guerreras como las de Carlomagno (en *La Canción de*

Roldán). Por otra parte, estaban las «*novelas corteses*», en las que el amor tenía una gran importancia, y un gran autor originario de Champaña: Chrétien de Troyes (siglo XII). Antes hemos hablado también de las novelas que narraban la leyenda artúrica. Pero todo el mundo está de acuerdo en que el mayor escritor y poeta de la Edad Media fue el italiano Dante, quien a comienzos del siglo XIV escribió una inmensa «*epopeya*» en verso, *La Divina Comedia*. En ella se cuenta el viaje del poeta italiano, guiado por otro gran poeta, Virgilio (éste perteneciente a la Antigüedad romana), por el más allá: Infierno, Purgatorio y Paraíso, donde la amada difunta, Beatriz, tomará el relevo de Virgilio como guía.

—*Y ¿el teatro?*

—El teatro había desaparecido en los primeros siglos de la Edad Media porque los cristianos lo consideraban un arte pagano. Pero volvió a aparecer, en el siglo XII, en los conventos y sobre todo, en el siglo XIII, en las ciudades. En Francia, había una ciudad muy reputada por su actividad literaria y teatral: Arras. En las tierras del sur de Francia, donde se hablaba la «*lengua de oc*» (¡de donde viene el nombre de la región occitana!), Toulouse fue el centro de una sociedad de poetas y artistas que organizaba los «*juegos florales*».

El saber y la enseñanza

—*Y... ¿qué es lo que se sabía en la Edad Media? ¿Qué se enseñaba y qué se aprendía?*

—Los clérigos habían adoptado la clasificación de las ciencias que empleaban los romanos de la Antigüedad. Por tanto, se enseñaban en primer lugar tres saberes básicos, las tres artes llamadas «*liberales*» (también llamadas *trivium*, las «*tres vías*»): gramática, retórica y dialéctica. Luego, venían las cuatro ciencias superiores (*quadrivium*, las «*cuatro vías*»): aritmética, geometría, música y astronomía.

—*¡Ese saber no era religioso!*

—Efectivamente, no lo era. Eran materias «*profanas*», no religiosas, como en los programas escolares actuales. Dicho esto, la religión seguía teniendo una gran importancia en la Edad Media. Pero también de ese lado se produjeron evoluciones. Además de las obras de carácter piadoso y los devocionarios, los clérigos desarrollaron un saber cada vez más profundo de Dios y de sus obras: a eso es a lo que se llama «*teología*» (una palabra que viene del griego y que significa «*estudio de Dios*»).

—***Pero ¿había «escuelas» como en la actualidad?***

—No, no exactamente como hoy en día, aunque la enseñanza que llamamos «*primaria*» y «*secundaria*» se desarrolló a partir del siglo XII en las ciudades. Sin embargo, ¡todavía no era ni «*general*» ni «*obligatoria*»! En concreto, aun cuando hubiera escuelas de niñas y maestras de escuela, la instrucción seguía siendo muy limitada. En estas escuelas, los niños aprendían ante todo a leer, y el libro que utilizaban para este propósito era el Salterio, es decir, el libro bíblico de los salmos (o «*plegarias*»), que forma parte del Antiguo Testamento. También aprendían a calcular. Hay que saber que, en el siglo XII, los europeos adoptaron de los árabes el número cero, originario de la India, lo que transformó y facilitó mucho el cálculo.

—***¿Cómo se volvía uno un sabio o un profesor?***

—También en el siglo XII, que es un siglo de enorme saber, en el que la Iglesia insiste con firmeza en que Dios creó al hombre, incluida su inteligencia, a su imagen y semejanza, se desarrolló lo que nosotros llamamos actualmente la «*enseñanza superior*». Primero se dispensó en las iglesias y los conventos (por ejemplo, en la catedral y en la iglesia del claustro Saint-Victor, en París), luego en escuelas especiales que recibieron más tarde el nombre de «*universidades*», palabra que viene del hecho de que, en la universidad (*universitas*, en latín), se deben enseñar todas las ramas del saber.

—***¿Cómo estaban organizadas las universidades?***

—En general, estaban formadas por tres grandes conjuntos. La facultad de las Artes impartía las ciencias básicas; en las dos facultades de Derecho se enseñaba el derecho civil, por un lado, y el derecho religioso (o derecho «*canónico*»), por otro, un derecho religioso que alcanzó un gran desarrollo, y, finalmente, estaba la facultad de Teología. Cada universidad tenía una reputación particular basada en tal o cual campo de la enseñanza: por ejemplo, la mayor universidad para el estudio del Derecho era la de Bolonia, en Italia (en Francia, la más conocida fue Orleans); la mayor universidad para

los estudios de Teología era París, y ya hemos visto que la facultad de Medicina más importante se encontraba en Montpellier (que todavía no formaba parte del reino de Francia).

En el siglo XIII, se descubrió un nuevo método del saber y la reflexión, que alcanzó cumbres comparables a las de la filosofía griega: la «*escolástica*», que tuvo grandes maestros, como el alemán Alberto Magno y los italianos Buenaventura y Tomás de Aquino.

—*¿En qué lengua se enseñaba?*

—En latín, por supuesto. Y esto es lo que explica que la mayoría de aquellos maestros pudieran ser profesores fuera de sus países de origen, en toda Europa. Alberto, por ejemplo, enseñó en Colonia, pero Buenaventura y Tomás de Aquino fueron profesores de Teología en París. Existían otros grandes centros intelectuales: Oxford y Cambridge en Inglaterra, Salamanca en España... Luego, entre los siglos XIII y XV, las universidades hicieron su aparición por toda la cristiandad europea, desde Upsala, en Suecia, hasta Coimbra, en Portugal, desde Nápoles, en Italia, hasta Heidelberg, en Alemania, y Cracovia, en Polonia... También los estudiantes se desplazaban de una universidad a otra.

La fiesta

—*Al margen de las fiestas religiosas, ¿tenía la Edad Media una predilección especial por todo lo festivo?*

—Sí, desde luego. La gente tenía incluso un gran sentido de la fiesta, que en general le venía tanto de las viejas tradiciones paganas (fundamentalmente campesinas), que habían sobrevivido o se habían renovado, como de la liturgia cristiana. La Edad Media presenció la aparición de una fiesta campesina destinada a tener pronto una enorme popularidad, a pesar de ser más o menos combatida por la Iglesia: el carnaval. En las descripciones de la vida cotidiana que han llegado hasta nosotros, se puede observar la aparición de la idea de un enfrentamiento entre las fiestas reputadas paganas, muy

alegres, y las fiestas de la liturgia cristiana, que conmemoran a menudo la pasión de Cristo. Tenemos como ejemplo, entre otros, el *Combate entre Carnaval y Cuaresma*, título de un célebre cuadro del siglo XVI obra de un pintor flamenco, Brueghel. Pero las grandes fiestas cristianas, como la Navidad o la Pascua de Resurrección, también eran muy alegres.

—***¿Qué es lo que predominaba? ¿La atracción por el carnaval, donde se divertían mucho, o la seriedad de la Cuaresma, impuesta por la Iglesia?***

—Para combatir o aplacar los cantos y las danzas laicas (llamadas «*corales*»), la Iglesia promocionó, sobre todo en los medios urbanos, nuevas fiestas destinadas a satisfacer la necesidad de la gente de encontrarse para festejar y a colmar su deseo de formar comunidades solidarias (que también estaban, como hemos dicho, muy «*jerarquizadas*»). Organizaba, pues, gran cantidad de procesiones, sobre todo en las ciudades, donde los grupos de la población desfilaban según su rango social: al frente iba el clero y en la cola los laicos pobres. Aun cuando no tengan la misma importancia que en la Edad Media, tales procesiones subsisten en muchas ciudades europeas en diferentes momentos del año, y con frecuencia son momentos festivos importantes, que duran varios días, como, por ejemplo, la «*Semana Santa*» de Sevilla, en España, o los «*perdones*» de Bretaña, en Francia.

CONCLUSIÓN

El nacimiento de Europa

La Edad Media fue un largo período. A pesar de que no se acepte su prolongación, como opino yo, hasta finales del siglo XVIII, con el nacimiento de la industria moderna y la Revolución francesa, generalmente se considera que se extiende, no obstante, a lo largo de diez siglos, del V al XV, o sea, ¡mil años!

Este largo período conservó el nombre que se le dio en el Renacimiento y que tenía al comienzo un sentido peyorativo: como hemos visto, incluso en la actualidad se juzga a la Edad Media como una época mala o «*fea*», a la vez violenta, oscura e ignorante. Ahora sabemos que esta imagen es falsa, aunque hubo una Edad Media de la violencia, y no únicamente la de los conflictos y las guerras entre grupos y entre países, sino también las violencias contra los judíos, con el comienzo del antisemitismo, y la represión de los rebeldes a la doctrina de la Iglesia, esos a quienes se llamaba «*herejes*», por medio de la Inquisición. Evidentemente, las Cruzadas también forman parte del balance negativo.

Pero la Edad Media fue igualmente, y pienso que incluso ante todo, un gran período creador. Se puede apreciar en el terreno del arte, de las instituciones, por supuesto primordialmente en las ciudades (por ejemplo con las universidades), o incluso del pensamiento, en el que la filosofía que se ha llamado «*escolástica*» alcanzó altas cumbres de saber. También vimos hasta qué punto la Edad Media creó «*lugares de encuentro*» comerciales y festivos (las ferias, los mercados y las fiestas), en los que seguimos inspirándonos.

El nacimiento de Europa

Por otra parte, la Edad Media realizó una curiosa combinación entre la diversidad y la unidad. La diversidad fue el nacimiento de las incipientes naciones: Francia y Alemania, desde el siglo IX, Inglaterra, a finales del XI, y también España, cuando Castilla y Aragón se unieron por la boda de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, a finales del siglo XV. La unidad, o una determinada unidad, procedía de la religión cristiana, que se impuso en todas partes. Ahora bien, ya lo hemos destacado, esta religión reconocía la distinción entre clérigos y laicos, de manera que se puede decir que la Edad Media, en general, señaló el nacimiento de una sociedad laica. Se dio también la difusión de un mismo tipo de enseñanza, y las universidades, a pesar de que en ellas ya no se enseñe el latín, siguen siendo actualmente, en todas partes, el lugar de la enseñanza superior. A lo que hay que añadir una gran herencia artística común.

Todo esto significa que la Edad Media fue el período en que apareció y se construyó Europa. Si cada período de la civilización tiene una función o una misión en el conjunto del desarrollo histórico, se puede decir que la misión de la Edad Media fue la de hacer nacer, la de «engendrar» Europa. Es nuestro deber, en la actualidad, consolidarla y completarla; con todo, la Edad Media legó a Europa lo que debe ser a la vez un movimiento de unidad y de diversidad, y nosotros podemos todavía inspirarnos en ella.

No es por casualidad que el término «*Europa*», tan poco frecuente en los escritos de la Edad Media, apareciera a mediados del siglo XV en el título de un tratado del papa Pío II. Podemos considerar a este respecto que ese momento —el siglo XV— constituyó una primera conclusión de la Edad Media.

La edad media: Encontrarse a la vez con el otro y con uno mismo

Si estudiáis la Edad Media, si retomáis la herencia que nos ha legado, especialmente la artística, os daréis cuenta de que era diferente de lo que nosotros somos en la actualidad, de lo que Europa ha llegado a ser. Tendréis la impresión de estar realizando una especie de viaje al extranjero: a Egipto, la India, China, Centroamérica... Desde luego, no se trata de restaurar la Edad Media, sino de no olvidar que los hombres y las mujeres de este período fueron antepasados nuestros, que se trata de un momento fundamental de nuestro pasado y que, por tanto, un viaje a la Edad Media os proporcionará el doble placer de encontraros a la vez con el otro y con vosotros mismos.

Breve cronología

410: Los visigodos de Alarico toman y saquean Roma.

451: El general romano Aecio frena el avance de Atila en los Campos Catalaúnicos, cerca de Troyes.

476: El jefe bárbaro Odoacro depone al emperador de Occidente Rómulo Augústulo y envía las insignias imperiales a Constantinopla.

Hacia el año 500: Bautismo en Reims de Clodoveo, nieto de Meroveo, rey de los francos.

529: San Benito, italiano, da origen a los monjes benedictinos.

590: Columbano y los monjes irlandeses fundan monasterios en la Galia.

632: Muerte del profeta Muhammad (Mahoma), fundador del islam.

Alrededor del año 700: Los «*reyes holgazanes*» de la dinastía Merovingia.

711: Comienzo de la conquista de España por los moros de Marruecos.

732: Charles Martel detiene el avance de los musulmanes en Poitiers.

754: Comienzo de la dinastía Carolingia (Pipino el Breve).

787: Segundo Concilio de Nicea: Carlomagno autoriza el uso de imágenes en el arte cristiano.

800: Carlomagno es consagrado emperador en Roma.

842-843: El tratado de Verdún reparte el imperio de Carlomagno: es el «*acta de nacimiento*» de Francia y Alemania. En 842, el juramento de Estrasburgo empleó por primera vez las lenguas «*vernáculos*» (francés y alemán en lugar del latín).

Hacia el año 850: Inicio de los grandes desbroces. Primera utilización del arado al norte del Loira.

910: Fundación de la abadía de Cluny (monjes cluniacenses).

962: Otón el Grande de Sajonia es coronado emperador. Fundación del Sacro Imperio Romano Germánico.

966: Bautizo del duque polaco Mieszko.

972: Fundación del obispado de Praga.

985: Bautizo del jefe húngaro Vaik (san Esteban). Bautizo del príncipe Vladimir de Kiev por cristianos ortodoxos bizantinos.

987: Comienzo de la dinastía Capeta (Hugo Capeto).

1016-1035: Knut el Grande, rey de Dinamarca y de Inglaterra.

1023: Los primeros herejes en ser condenados a la hoguera son quemados en Orleans (el rey Roberto el Piadoso los ejecuta a petición de la Iglesia).

1032-1033: Gran hambruna en Occidente.

Hacia 1035: Construcción de un puente de piedra en Albi.

1054: Cisma entre Roma (Iglesia de Occidente) y Constantinopla (Iglesia de Oriente).

1066: Guillermo el Conquistador, rey de Inglaterra.

1081: Aparición de «*consejos burgueses*» en Pisa.

1085: Conquista de Toledo por Alfonso VI de Castilla.

1086: Primera mención de un batán en Normandía (Saint-Wandrille).

1095: Primera Cruzada. Oleada antisemita.

1098: Fundación de la abadía de Cîteaux (monjes cistercienses).

Hacia 1100: Comienzo del desecamiento de los pantanos de Flandes (polders).

Finales del siglo XI: El Derecho comienza a atraer a los estudiantes a Bolonia. El papa Gregorio VII lanza la llamada reforma «*gregoriana*» (que impone, entre otras cosas, el celibato a todos los clérigos).

Siglo XII: Transición de las iglesias del estilo románico al llamado (mucho más tarde) estilo «*gótico*».

1122: Suger, abad de Saint-Denis (arte de las vidrieras, arte gótico).

1141: Pedro el Venerable, abad de Cluny, hace que se traduzca el Corán al latín.

1153: Muerte de san Bernardo, el más célebre de los monjes de Cîteaux.

1209-1229: La Iglesia y los franceses del norte contra los herejes del sur de Francia: Cruzada contra los albigenses (cátaros).

1210 y 1215: Fundación de las órdenes mendicantes (franciscanos y dominicos) por san Francisco y santo Domingo.

1214: Batalla de Bouvines (Felipe Augusto).

1215: La Iglesia regula el matrimonio y la confesión y adopta medidas contra los judíos y los herejes.

1216: Muerte de Inocencio III, que pretendía imponer la superioridad del papa sobre los reyes y los emperadores.

1229-1231: Huelga de la Universidad de París.

1231: El papa organiza la Inquisición.

1242: Primera representación de un timón, móvil y situado en la popa de una nave.

1248: Los castellanos conquistan Sevilla.

1253: El canónigo Robert de Sorbon funda un colegio para estudiantes de teología pobres, en la Universidad de París (es el origen de la futura Sorbona).

Siglos XII, XIII y XIV: Construcción de las catedrales (Notre-Dame de París, Chartres, Reims, Amiens, y luego Estrasburgo, Colonia...).

Mediados del siglo XIII: La filosofía y la teología escolásticas están en su apogeo (Alberto Magno, Buenaventura, Tomás de Aquino). Prestigio del Derecho en la Universidad de Bolonia y de la Teología en la Universidad de París.

1268: Primer molino para fabricar papel, en Fabiano, Italia.

1270: Muerte de san Luis. Final de la octava y última Cruzada.

1284: Hundimiento de las bóvedas de la catedral de Beauvais, de 48 metros de altura.

1291: Caída de San Juan de Acre, último bastión cristiano en Palestina.

1300: Primera mención inequívoca de las lentes (antes, la gente docta se servía de un pedazo de cuarzo).

1307-1321: El italiano Dante escribe La Divina Comedia.

1309-1377: Los papas en Aviñón.

1321: Matanzas de leprosos y de judíos acusados de envenenar los pozos.

1347-1348: Comienzo de las grandes epidemias de peste negra (hasta 1720).

1374 y 1375: Muerte de los primeros «*humanistas*» italianos, Petrarca y Boccaccio. Primeros juicios negativos acerca de la «*Edad Media*», la escolástica y el arte medieval.

1378: Inicio del Gran Cisma de Occidente.

1394: Expulsión definitiva de los judíos de Francia.

1397: Dinamarca, Noruega y Suecia se fusionaron en la Unión de Kalmar.

1415: Jan Hus es quemado en la hoguera por herejía tras ser condenado en el Concilio de Constanza.

1420-1436: Brunelleschi construye la cúpula del Domo de Florencia, primera gran obra arquitectónica del Renacimiento.

1431: Juana de Arco es quemada en la hoguera por herejía en Ruán.

1450: Gutenberg pone a punto la imprenta en Maguncia.

1453: Fin de la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra. Conquista de Constantinopla por los turcos.

1455: Aparición de la primera Biblia impresa.

1458-1464: Pontificado del papa Pío II, partidario de Europa.

1469: Boda de los «*Reyes Católicos*», Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

1472: Botticelli pinta La Primavera, expresión del arte renacentista, en Florencia.

1492: Descubrimiento del «*Nuevo Mundo*» por Cristóbal Colón. Expulsión de los judíos de España y fin de la presencia musulmana en Andalucía (conquista de Granada y unificación de España).

1494: España y Portugal se reparten el mundo por el tratado de Tordesillas, ratificado por el papa Alejandro VI Borgia.

Estimado lector, si ha disfrutado con esta obra, le invitamos a que consulte las que le presentamos a continuación:

Georges Duby, Europa en la Edad Media, Barcelona, Paidós, 2007.

Jean Flori, Caballeros y caballería en la Edad Media, Barcelona, Paidós, 2001.

Jacques Le Goff, El orden de la memoria: el tiempo como imaginario, Barcelona, Paidós, 1991.

—, El hombre medieval, Madrid, Alianza, 1999.

—, La civilización del Occidente medieval, Barcelona, Paidós, 1999.

—, ¿Nació Europa en la Edad Media?, Barcelona, Crítica, 2003.

—, En busca de la Edad Media, Barcelona, Paidós, 2003.

—, Mercaderes y banqueros de la Edad Media, Madrid, Alianza, 2004.

—, Pensar la historia: modernidad, presente, progreso, Barcelona, Paidós, 2005.

—, Jacques Le Goff y Nicolás Truong, Una historia del cuerpo en la Edad Media, Barcelona, Paidós, 2005.



JACQUES LE GOFF (Toulon, 1 de enero de 1924 - París, 1 de abril de 2014). Fue un historiador medievalista y escritor francés especializado sobre todo en los siglos XII y XIII, que ha vinculado su carrera docente a la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales.

Entre sus maestros se encuentran Charles-Edmond Perrin (1887-1974) y Maurice Lombard (1904-1965). También recuerda la influencia decisiva de Henri Michel, a quien consideraba «el gran historiador de la Edad Media» y que fue su profesor de historia en la escuela secundaria de Toulon.